



UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Escuela de Literatura

Presentación Artística

Zoografía fantástica de la isla Santay

Previo la obtención del Título de:

Licenciada en Literatura

Autora:

Ana María Crespo Ortega

GUAYAQUIL - ECUADOR

Año: 2021-2022

Declaración de autoría y cesión de derechos de publicación del trabajo de titulación

Yo, Ana María Crespo Ortega, declaro que el desarrollo de la presente obra es de mi exclusiva autoría y que ha sido elaborada para la obtención de la Licenciatura en Literatura. Declaro además conocer que el Reglamento de Titulación de Grado de la Universidad de las Artes en su artículo 34 menciona como falta muy grave el plagio total o parcial de obras intelectuales y que su sanción se realizará acorde al Código de Ética de la Universidad de las Artes. De acuerdo al art. 114 del Código Orgánico de la Economía Social de los Conocimientos, Creatividad E Innovación* cedo a la Universidad de las Artes los derechos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, para que la universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando su uso sea con fines académicos.

Ana M. Crespo

Firma del Estudiante

***CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN (Registro Oficial n. 899 - Dic./2016) Artículo 114.- De los titulares de derechos de obras creadas en las instituciones de educación superior y centros educativos.- En el caso de las obras creadas en centros educativos, universidades, escuelas politécnicas, institutos superiores técnicos, tecnológicos, pedagógicos, de artes y los conservatorios superiores, e institutos públicos de investigación como resultado de su actividad académica o de investigación tales como trabajos de titulación, proyectos de investigación o innovación, artículos académicos, u otros análogos, sin perjuicio de que pueda existir relación de dependencia, la titularidad de los derechos patrimoniales corresponderá a los autores. Sin embargo, el establecimiento tendrá una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra con fines académicos.**

MIEMBROS DEL COMITÉ DE DEFENSA

Solange Rodríguez Pappé

Tutora del proyecto de creación artística

Paulina Briones

Miembro del comité de defensa

Siomara España

Miembro del comité de defensa

Agradecimientos:

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a Santiago, mi compañero durante esta última década. Gracias por el cariño y los consejos. Mi gratitud también para Solange Rodríguez, por sus lecturas y recomendaciones que han sido claves para este bestiario de la isla.

Dedicatoria:

A María Felicidad, quien me
contó las primeras historias.

A mi madre.

A la Ana de diez años.

Resumen

Zoografía fantástica de la isla Santay es un proyecto de creación artística que consiste en la construcción de ficciones animales enmarcadas dentro del género bestiaro. Culebras, mariposas, cangrejos, pericos y peces serán los agentes narrativos alrededor de los cuales se desarrollarán las tramas de estas historias, desde el registro de lo fantástico, donde los ciclos de vida y muerte mantendrán en equilibrio la existencia de una ínsula misteriosa y salvaje. Mediante la escritura de ficciones busco desestabilizar la relación hegemónica entre humanos y animales, pero además propiciar nuevos vínculos de convivencia. Escribir un bestiario contemporáneo es un ejercicio que reactualiza la pregunta por lo animal para, desde los estudios literarios explorar otras estéticas y saberes que me permitan dejar de lado el tratamiento del animal como objeto metafórico con el fin de explorar las emociones humanas. Este libro animal es un terreno fértil para imaginar nuevas posibilidades de encuentro con las especies compañeras.

Palabras claves: literatura fantástica, bestiaro, insular, Santay, animalidad.

Abstract

The Fantastic Zoography of Santay Island is a creative project that builds animal fiction framed within the bestiary genre into the fantastic category. Snakes, butterflies, crabs, parakeets, and fish will be the main tales agents around which storylines will unfold, from the register of the fantastic, where the cycles of life and death will keep the existence of a mysterious and wild island in balance. Through writing, I aim to destabilize the hegemonic relation between humans and animals and promote bonds of coexistence. Writing a contemporary bestiary is an exercise whose chief purpose is to renew the question of animality to explore other aesthetics and knowledge from the literature that allow me to set aside the treatment of the animal as a metaphorical object to explore human emotions. This animal book is fertile ground to imagine new encounters with companion species.

Keywords: fantastic literature, bestiary, insular, Santay, animality.

ÍNDICE GENERAL

Bestiario.....	1
Entrando en el <i>libro animal</i>	3
1. Imaginar solo la isla.....	9
2. Reptiles.....	25
3. Lepidópteros.....	34
4. Crustáceos.....	44
5. Aves.....	52
6. Peces.....	62

Zoografía fantástica de la isla Santay

Texto de sustentación

Imaginar solo la isla

Imaginar una fauna y construir una serie de relatos zoológicos donde los animales sean una fibra constituyente del tejido narrativo, ha sido el catalizador de la escritura de este proyecto artístico de bestiario denominado *Zoografía fantástica de la isla Santay*. A partir de la última mitad del siglo XX, he detectado que este tipo de obra no se ha cultivado de forma prolífica en el campo literario ecuatoriano.

¿Cuál es la pertinencia de suscribirse a una tradición como el bestiario en el presente? El interés que me convoca a trabajar en este proyecto de escritura creativa es situar la cuestión animal como un punto de interés en la escritura de relatos contemporáneos. Lo animal sigue siendo una temática¹ que no ha agotado sus significaciones y que nos permite repensar nuestra relación con las especies no humanas en un mundo asediado por el colapso medioambiental. En ese sentido, en *Zoología fantástica de la isla* busco problematizar la relación hegemónica entre humanos y animales mediante la construcción de ficciones inscritas en la categoría de lo fantástico. Desde aquí podré ensayar otras formas de encuentros humanos-animales que resquebrajen los límites trazados de una realidad donde la supremacía humana tradicionalmente ha imperado.

En el bestiario, lo fantástico surge de esta fisura entre lo posible e imposible que emerge en distintos contextos: en *Reptiles* lo anómalo se manifiesta como una transformación animal sobre el cuerpo de la protagonista; en *Lepidópteros* lo extraño emerge sobre la mesa de autopsia donde el doctor descubre algo inusual dentro del cuerpo de un bebé; en *Aves* ocurre en el bosque, en la denominada ruta del destierro, cuando el biólogo tiene su primer encuentro cercano con los pericos que intenta eliminar; en *Crustáceos* dentro de la habitación de un cuarto de hotel de la isla; en *Peces* a raíz de su primera menstruación la protagonista experimentará un cambio en su forma de sentir y entender el mundo que le rodea.

De acuerdo a David Roas, en *Tras los límites de lo real* las narraciones que se inscriben en el género de lo fantástico operan de la siguiente manera:

¹ Yulieta Yelin identifica al periodo que precede a la segunda guerra mundial como el momento en el que las ficciones animales abundan en Latinoamérica. En medio de esta crisis ideológica-cultural que supone la posguerra, Yelin sostiene que la literatura responderá construyendo ficciones donde la relación humano-animal nos remita a la pérdida de ideas y valores en torno a lo que significa ser humano.

El relato fantástico sustituye la familiaridad por lo extraño, nos sitúa inicialmente en un mundo cotidiano, normal (el nuestro), que inmediatamente es asaltado por un fenómeno imposible —y como tal incomprensible— que subvierte los códigos —las certezas— que hemos diseñado para percibir y comprender la realidad.²

Lo que el relato propone y se presenta como anómalo ante el lector, al entrar en contacto con el horizonte extratextual mantiene su estatuto fantástico. Para el lector, los hechos de naturaleza fantástica a los que las ficciones apuntan no vulneran las reglas del mundo en el que él se encuentra. No se puede volver en el tiempo, ni lograr que un animal vaticine el futuro, no se puede duplicar el cuerpo humano, no ha nacido sobre la tierra quien tenga el don de rejuvenecer. Las metamorfosis siguen siendo procesos que solo ciertos animales como los reptiles o los crustáceos pueden sufrir, en el ADN humano no está inscrito el protocolo para mutar hacia lo animal.

Respecto a cómo lo fantástico antepone dos realidades que no pueden coexistir, el Roas señala que: «cuando esos dos órdenes —paralelos, alternativos, opuestos— se encuentran (la aparente) normalidad en la que los personajes se mueven (reflejo de la del lector) se vuelve extraña».³

En el bestiario este choque entre dos realidades se evidencia tras el encuentro entre lo humano y lo animal. Ya sea porque el humano busca obtener una respuesta o un efecto de la proximidad con el animal, o porque es el animal quien llega con sigilo a transformarlo, la supremacía humana se tambalea. Lo que se establece a partir del contacto es una alianza para la vida en sus propios términos. Un *quid pro quo* que se podría leer como una suerte de trampa, pero que solo ejemplifica los caminos que la naturaleza recorre para perpetuarse. Si la línea divisoria entre lo humano y lo animal se difumina en estos relatos es para hacer del humano una criatura más dentro del ciclo de vida-muerte de las especies de la isla.

En estas ficciones animales que escribo me interesa también marcar distancia con tratamiento del animal como objeto metafórico para hablar de los temores y las pasiones humanas. Lo que propongo es seguir una ruta —que otros escritores latinoamericanos han

² David Roas, *Tras los límites de lo real*, una definición de lo fantástico (Madrid: Páginas de espuma, 2011), 21.

³ Roas, *Tras los límites...*,42.

abierto a pulso— para no redundar en el uso de la alegoría mediante la cual se ha abordado de forma habitual la figura animal en la literatura. Así mismo, existe la intención de que la fauna que pueble estos relatos escape del rol de víctima en el que suele situarse a los animales.

Imaginar solo la isla y proyectarla a través de la ficción es un ejercicio que sin duda tiene un nervio nostálgico e íntimo. En 2007, la isla Santay, ubicada sobre la cuenca del río Guayas, fue el lugar que visité cada sábado durante un año entero, mientras realizaba mis prácticas colegiales de vínculo con la comunidad. En ese entonces, la única forma de llegar a la isla era tomando un bote que zarpaba desde el muelle del Mercado Caraguay. Estos viajes constantes en los que bastaba con extender la mano para sumergirla en el agua, me acercaron a los misterios que conduce el río. Mi trabajo en Santay consistía en guiar a los turistas a través de un sendero que hacíamos sobre el lodo, la tierra y a través de puentes de caña que cruzaban el estero. Ahí viví por primera vez la experiencia de estar en medio de un aguaje y también entendí porque en la ciudad algunos sectores tienen nombres de árboles que ya no existen, pero que Santay aún resguarda. Muchos de los animales que ahora pueblan las historias que he escrito los conocí gracias a los relatos de los comuneros, porque el avistamiento de mapaches, manatís o canclones, acaso sería posible si me atrevía a caminar sola isla adentro.

Más allá de esta proximidad que mis afectos elaboran, pienso en el potencial que tiene la literatura para permitirnos repensar la complejidad y evidenciar lo vulnerable que resulta la biodiversidad animal/vegetal/mineral que habita en este lugar. Entre el malecón y el río, la isla suele pasar inadvertida, aunque no lo suficiente como para que, en el pasado, intereses corporativos hayan querido transformar este espacio insular en un parque de diversiones o un proyecto masivo de vivienda. No fue hasta que el Ministerio de Ambiente, en el año 2010 la nombró un Área Protegida que se garantizó un mínimo de preocupación por el impacto que las actividades humanas podrían desencadenar sobre ese ecosistema.

Pero no basta con un cúmulo de afectos y memoria para justificar la pertinencia de construir un universo ficcional que tome como referente a la isla Santay. De ahí que, Andrea Ostrov en su ensayo *Espacios de ficción* nos plantea una noción fundamental sobre el vínculo entre escritura-espacio y nos dice que: «Todo texto escrito crea y configura un espacio». De manera que ficcionar sobre espacios insulares es un ejercicio

a través del cual busco construir la isla más allá de las nociones de paisaje natural⁴ y de la categorización de escenario literario estático donde toma lugar la trama. Ostrov lee el espacio con detenimiento y desentraña la relación que se entabla entre espacio, poder y escritura y señala lo siguiente:

Los relatos construyen un espacio –textual, ficcional– organizado y regido por leyes propias. En función de esto, las narraciones ratifican, anulan, re-configuran, subvierten, re-marcan o inventan un determinado orden espacial.⁵

¿Qué caminos se abren en la isla y quiénes tienen permitido transitar sus senderos? ¿De qué forma este espacio insular afecta las identidades que lo transitan? ¿Qué periferias se dibujan? ¿Hay rutas imposibles, imposibles para quién/quienes? ¿Puede el espacio ser un agente más de la trama? Estas son algunas de las preguntas que surgen a partir de situar a la isla como una de las coordenadas de escritura del proyecto de bestiario fantástico. Interrogantes que delimitan el alcance de este proyecto de escritura creativa cuyo objetivo no es el de recrear o producir un calco literario de la isla, sino tomar elementos de este espacio para, mediante un ejercicio libre de escritura, articular un universo ficcional que funcione bajo sus propias reglas.

El bestiario de la isla

Este *libro animal* se alimenta de las lecturas que he realizado alrededor de esta materia durante mis años de estudio en la Licenciatura de Literatura. En ese sentido he podido dibujar un linaje de autores cuya escritura se alinea a una tradición alrededor de lo animal. Con ellos me interesa entretrejer la tradición ya sea por las estrategias narrativas que emplean para desplegar historias donde los animales son personajes fundamentales de la trama o porque desde la palabra nos permiten un acercamiento a lo sensible desde las coordenadas de la animalidad. Autores como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Antonio de Benet, Silvina Ocampo, Clarice Lispector, Augusto Monterroso, Juan José Arreola, Felisberto Hernández, Bioy Casares, Felisberto Hernández, Jacinta Escuderos, Marosa di Giorgio han sido un referente para la escritura del bestiario.

⁴ Andrea Ostrov dice que el espacio, «hasta finales del siglo XX fue concebido como una mera superficie o escenario, un recipiente o receptáculo de materia inerte o inmóvil-frente a la movilidad y el dinamismo atribuidos al tiempo donde transcurren las acciones y se ubican las acciones o sujetos».

⁵ Andrea Ostrov. *Espacios de ficción: Espacio, poder y escritura en la literatura latinoamericana* (Argentina: Editorial Universitaria Villa María, 2014), 13-14.

Si bien el interés de este proyecto de tesis no es el de hacer una genealogía del bestiario en Occidente ni en Latinoamérica, es fundamental poder al menos ubicar el periodo en el que surge este tipo de obra, así como rastrear las producciones locales contemporáneas para configurar un marco de referencia.

He identificado a la época medieval como el periodo de apogeo del bestiario. En este momento histórico, los bestiarios eran a la vez manuales de zoología y teratología, pues animales posibles y fantásticos se mezclaban en sus páginas. Su vocación era la de moralizar e instruir en la fe, de ahí que los animales servían para representar los pecados y las virtudes de los hombres. Con los años el género se ha desligado de la línea didáctica y moralizante para explorar otras vías⁶. La escritura de un bestiario exige decidir la ruta que se seguirá, Esperanza López en *Bestiarios americanos: la tradición animalística en el cuento hispanoamericano contemporáneo* nos plantea dos posibilidades en cuanto al tratamiento del animal dentro de la ficción que, según su criterio, son la célula del género. Por un lado, está el animal estático, una bestia que se describe sin tiempo ni espacio, y por otro, el animal que juega un rol actancial en la narrativa.⁷

Aunque se han escrito bestiarios con insistencia —basta con revisar la extensa lista de obras que López menciona en su tesis doctoral— en Ecuador el género tiene un comportamiento menos vital. Tomando como punto de anclaje la segunda mitad del siglo XX, tan solo he podido identificar cuatro proyectos de bestiarios, entre los cuales constan: “Bestiario de los libros de los sueños” en *Cuentos breves y fantásticos* (1994), de César Dávila Vásquez; el *Bestiario razonado e historia natural* (2004), de Oswaldo Encalada Vásquez, el cual incluye una colección de relatos de animales fantásticos en los que el autor nos cuenta una historia breve sobre el animal y sus características y los dota de pensamientos y sentimientos. En este corte temporal también se ubica una obra que nace como un ejercicio de curaduría de la editorial el Fákir, el *Bestiario* (2018), sobre la obra de César Dávila Andrade, que está compuesta por una serie de folletos donde los protagonistas de las historias son “una colección de seres vivientes”: burros, cóndores,

⁶ López hace una clasificación del bestiario y lo divide en cuatro categorías: bestiario literario donde su mayor exponente es Jorge Luis Borges; bestiario realista, que excluye las ficciones y a los monstruos, aquí cabe la obra de Juan José Arreola; bestiario fábula con Monterroso como el escritor clave y el bestiario fantástico. Esperanza López Parada, *Bestiarios americanos: la tradición animalística en el cuento hispanoamericano contemporáneo* (Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2002).

⁷ Esperanza López Parada, *Bestiarios americanos: la tradición animalística en el cuento hispanoamericano contemporáneo* (Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2002), 21.

piojos, puercos, moscas; y por último, *Miltonlogía, guía de bestias y seres del no mundo*⁸ (2020), de Milton Caicedo, una colección de relatos cortos, ilustraciones y fichas técnicas sobre criaturas híbridas y mitológicas, producido por la editorial Raza Andina. No obstante, hay otro tipo de manifestaciones estéticas como la poesía, donde la relación humano-animal se ha trabajado.

Esta taxonomía que los textos mencionados convocan, excluyendo los cuentos de César Dávila, tienen un diálogo sostenido con el bestiario literario, que se hace a partir de referencias y citas. Sin embargo, el tipo de bestiario que se alinea con nuestro proyecto de creación es el que Esperanza López define como el bestiario fantástico. En palabras de la autora, en este tipo de bestiario:

La fiera queda integrada en el relato como ayudante del héroe u oponente, con su función actancial restituida. El animal deja aquí de ser una entrada de la enciclopedia para convertirse en la oscura amenaza, el peligro que acecha en las sombras.⁹

El bestiario fantástico se distancia de su ancestro medieval al no centrarse de forma exclusiva en proponer una descripción de corte científico (con fines morales) sobre el animal en cuestión, sino como lo sugiere López, el animal juega un rol central en el desarrollo de la trama.

El bestiario que escribo trabaja en función de cinco animales que viven en la isla: culebras, mariposas, cangrejos, pericos y peces, alrededor de los cuales las tramas se organizan. Su presencia en la tierra, el agua y el aire determinará el porvenir de los personajes humanos y su agencia será imprescindible para que la realidad tambalee y lo fantástico se exprese.

Al mismo tiempo, estas historias estarán pobladas de otras criaturas imperceptibles como gusanos, polillas, arañas, mosquitos, hongos, especies vegetales como los manglares, seres que junto a los humanos elaboran un ecosistema narrativo.

⁸La edición digital de este bestiario se puede consultar en el siguiente enlace: <https://issuu.com/joseluisjacomeguerrero/docs/miltonlogia>.

⁹ Esperanza López Parada, *Bestiarios americanos...*, 29.

Ficciones animales más allá de lo metafórico

A propósito de las ficciones animales, materia medular de la escritura de este bestiario y en relación con mi interés en marcar distancia con el abordaje metafórico del animal en la creación de historias, nos aproximamos a lo que Julieta Yelin denomina el giro animal. De acuerdo a Yelin, el giro animal es una operación que en el campo de los estudios literarios tiene que ver con «un debilitamiento de la potencia simbólica»¹⁰ del animal. La autora lo define como «la caída de la metáfora animal como construcción simbólica primordial de lo humano»¹¹. De ahí que, las ficciones que comulguen con este giro deben escapar de la pretensión de darle voz a los animales, y explorar zonas donde la barrera entre humano-animal se diluya y proliferen otras posibilidades de encuentro/desencuentro.

Los relatos en los que la metamorfosis ocurre son un buen punto de partida para aproximarnos a esta vertiente. Bioy Casares en *Bajo el agua* (1991) nos presenta la historia de un hombre enamorado que por su deseo de rejuvenecer se somete a una operación donde le insertan glándulas de salmón. Esta cirugía tendrá efectos colaterales y lo obligará a habitar en un lago. El narrador nos habla de ese estadio *entre* lo humano y lo animal en el que el personaje se sitúa, nos dirá «Podría ser un animal, o un nadador; pero como no salía a la superficie, me dije que sería un animal... Un monstruo del lago, que se movía como un hombre que nada»¹². Más adelante conoceremos que este ser en cuya identidad está en alianza entre lo humano y los habitantes del lago mantiene ciertos hábitos que lo acercan al hombre que fue, como su deseo de venganza hacia el doctor que le provocó esta condición, su dolor porque no podrá volver a pintar y en especial, la capacidad de hablar. Pero los cambios morfológicos, las escamas que ahora recubren su piel le permitirán vivir sin problemas en el lago y hasta alimentarse de peces más pequeños como las otras criaturas con las que comparte las aguas.

La metamorfosis estará presente en las historias de este proyecto de bestiario. Gabriel Giorgi en su libro *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítico* señala que en los relatos fantásticos donde hay un pasaje de lo humano a lo animal, lo que importa no es el proceso. Giorgi dice que la potencia de estos relatos está en dar cuenta de «una

¹⁰ Julieta Yelin, «El giro animal. Huellas kafkianas en la escritura de César Aira y Wilson Bueno», *Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, N.º 16 (2011): 2.

¹¹ Julieta Yelin, «El giro animal. Huellas kafkianas en la escritura...», 3.

¹² Bioy Casares, *Una muñeca rusa* (Buenos Aires: Tusquets Editores, 1991), 184.

vida que ya no coincide con ningún cuerpo reconocible ni con ninguna forma identificable». ¹³ Con esta operación se desdibuja la línea divisoria entre especies y se pone en crisis la identidad humana.

Así mismo, el libro de relatos cortos *Mundo animal* (1953), de Antonio Di-Benedetto ha sido una fuente inagotable de ficciones donde lo humano-animal se entrecruzan. Esta zona media humano-animal se produce como una operación sobre los cuerpos, pero mediante un mecanismo distinto al de la metamorfosis. El cuento *Mariposas de Koch* nos enfrenta a la historia de un hombre que por imitar a su burro empieza a comer margaritas y luego se engulle una mariposa blanca. La mariposa muere, pero luego un par más de mariposas ingresan por su propia voluntad a través de su boca. Ahí se reproducen y luego intentarán volar más allá de su cuerpo. En este momento la narración arribará a un punto de incertidumbre: se trata de un hombre enfermo que escupe sangre o de las mariposas que anidaron en el corazón y caen porque son ciegas y no han aprendido a volar. En este cuento, el cuerpo será el vértice para establecer una zona de contacto entre lo humano-animal e insertar mediante lo patológico, la extrañeza en el cuerpo. Esta experiencia que se gesta en el adentro y que ubica al personaje en una zona donde su identidad se vuelve ininteligible, nos ofrece otras posibilidades para ensayar el quiebre de las fronteras entre las especies humanas y no humanas desde la ficción.

Aprender a heredar la carne

Uno de los derroteros que la escritura de este bestiario recorre es la creación de una narrativa multiespecies, una propuesta que retomo de Donna Haraway y que pretendo llevar al terreno de lo fantástico. Aquí cabe comentar lo que Haraway entiende por una narración de este tipo:

Mi narración multiespecies trata sobre la recuperación en historias complejas tan llenas de muerte como de vida, tan llenas de finales, y hasta de genocidios, como de principios. Ante el implacable y exorbitante sufrimiento históricamente específico en los anudamientos de especies compañeras, no me interesa la reconciliación ni la restauración, más bien estoy profundamente comprometida

¹³ Gabriel, Giorgi. *Formas comunes: animalidad, cultura y biopolítica* (Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014), 71.

con las posibilidades más modestas de la recuperación parcial y del mutuo entendimiento.¹⁴

Me he propuesto crear ficciones que desestabilicen el orden jerárquico que media la relación humano-animal, en las que, aunque sea de forma breve, se pueda acortar las brechas simbólicas entre ambos. La estrategia para abordar esta cuestión tiene que ver con el tratamiento que recibe el cuerpo de un animal que ha muerto o ha sido asesinado. La filósofa Vinciane Despret en *¿Qué dirían los animales si les hiciéramos las preguntas correctas?* nos hablará de una de las fronteras que se erige entre lo humano y lo animal. Este límite que se traza no tiene que ver con la capacidad de articular un lenguaje ni de las diferencias morfológicas, Despret propone que la forma cómo nombramos y, por lo tanto, concebimos la muerte de las especies que habitan el planeta, nos va a permitir pensar en otra dimensión desde donde operar un cambio. La autora nos explica en qué consiste esta separación:

Los hombres y los animales a tal punto son ontológicamente diferentes que sus muertes no tienen siquiera ninguna posibilidad de ser pensadas de manera conjunta. Muertos, los hombres son cuerpos, restos mortales; los animales, si no están destinados al consumo, osamenta o cadáveres.¹⁵

Si como dice Haraway, la forma más frecuente en la que un hombre se relaciona con un animal es mediante el acto de matar: ¿Pueden las ficciones que construimos proponer una ruta alternativa?

Quizá lo que podemos, al menos, es hacernos las siguientes preguntas: ¿quién muere?, ¿por qué? y ¿qué hacemos para heredar la carne?, como propone Despret. Acerca del acto de heredar la carne, la autora señala que no se han inventado las formas de honrar la muerte de las especies compañeras. Entonces, ¿por qué no ensayar desde la ficción rituales para duelar estas muertes?

¹⁴ Donna Haraway, *Seguir con el problema, generar parentesco en el Chthuluceno* (Bilbao: Edición Consonni, 2019), 31.

¹⁵ Vinciane Despret, *¿Qué dirían los animales si les hiciéramos las preguntas correctas?* (Buenos Aires: Cactus, 2018), 91.

La isla, un espacio donde convergen lo humano y lo animal

Los cinco cuentos que forman este bestiario tienen en común una geografía insular. Estar en la isla es escuchar el diálogo que el río y ella sostienen, pues este es un terreno que muta por el desborde cíclico de las aguas. No obstante, la isla no solo será el espacio donde los encuentros entre los humanos y los animales se suscitarán, sino que se plantea como un lugar que poco a poco nos revela su agencia en el devenir de los personajes. A través de un narrador omnisciente o de narradores protagonistas se construirá una atmósfera donde el lector podrá —de forma transitoria— habitar el bosque, el manglar, el estero y el río, desplazarse entre la tierra reseca y el fango.

La historia que cada uno de los cuentos despliega se conecta entre sí mediante la sincronía de eventos que la isla como espacio posibilita. Además, cada cuento mantiene un diálogo intertextual, ya sea porque le da continuidad a un argumento planteado con anterioridad —*en zoografía fantástica de la isla Santay* la muerte de los niños es un conflicto que detona el desarrollo de la trama de otras historias— o porque hay personajes, como la curandera Aura, cuyo protagonismo va *in crescendo* y articulan una subtrama global.

Los espacios en los que se desarrollan las acciones no funcionan como unidades cerradas, de manera que la vida no humana ya sea de forma inadvertida o con gran potencia irrumpirá para transformar el curso de las historias.

La aldea es un enclave civilizatorio en medio de lo viviente. Sobre el territorio está representada como una franja estrecha en la que se asientan el muelle, las casas y la cocodrilera. Más allá de esas zonas, la vida animal/vegetal/mineral prolifera. Este es el espacio que los turistas visitan para observar aves o para entretenerse alimentando cocodrilos y simular que lo salvaje puede ser contenido y hasta domesticado. La cocodrilera es un área en la que los humanos guardan un ápice de control sobre lo animal o más bien hace evidente una problemática vigente: la desaparición de los animales del imaginario contemporáneo.

Yulieta Yelin se pregunta por el lugar de los animales y regresa sobre lo que Berger en su ensayo “¿Por qué miramos a los animales?” analiza al respecto. Berger sostiene que los animales han sido desplazados por el crecimiento de las ciudades y la

intervención industrial; de ahí que los zoológicos den cuenta de esta desaparición y condensen en su estructura la imposibilidad del encuentro entre el hombre y el animal.¹⁶

En este bestiario, el hotel y las casas son los espacios cerrados que permiten el contacto entre la gente de la isla y la ciudad. Lugares que parecen resguardar a sus ocupantes de los insectos y animales. Sin embargo, en estas ficciones no hay barreras físicas que puedan impedir el tránsito de las especies. Esto se manifiesta en la habitación del personaje femenino del cuento *Reptiles* que mientras descansa junto a su amante describe todos los tipos de insectos con los que comparten el espacio. Para el visitante ciudadano la vida animal de la isla será percibida como un estorbo o una amenaza latente. Aunque estas presencias son sutiles, en *Crustáceos* los cangrejos se moverán a través de la delgada línea que separa la puerta y el suelo para invadir el cuarto de hotel en el que duerme Luisa y duplicarla. El cuento *Aves* nos mostrará que los humanos no podrán contener ni predecir el comportamiento de los pericos celestiales.

Los espacios normados no son los únicos donde la vida animal se infiltra, sino que hay otros escenarios que no se rigen por el dominio de lo humano, en los que la relación entre lo humano-animal será más problemática. En el bosque, a las orillas del río, en el estero o en medio del manglar, el paso del tiempo no se podrá medir con precisión y las leyes que gobiernan la realidad como la conocemos podrán franquearse. Los personajes tendrán que sufrir el extravío para llegar hacia los lugares que están buscando. Así, Clara en *Lepidópteros* deambulará en el bosque seco hasta intentar encontrar a la mariposa que una vez ingerida podría ayudarla a volver en el tiempo y producir lo imposible: el volver a ver a su hijo fallecido. El biólogo y Catalina se encontrarán con los pericos, unos animales que en el cuento *Aves* tienen el don y maldición de relatar el futuro. La presencia animal incidirá de forma categórica en el destino de los personajes, de ahí que Aura, en el relato *Peces* se transformará en otra mujer luego de beber la sangre de un animal marino.

¿Cómo lograr que los animales sean agentes narrativos o funjan un papel central en la trama desde una mirada no antropocéntrica? *Zoografía fantástica de la isla Santay* ha representado un desafío que ha sabido señalarme sus propios límites. ¿Cómo podemos aproximarnos al universo sensible de lo animal? ¿Cómo habitar la piel de una especie

¹⁶ Yelin, Julieta Rebeca, "Nuevos imaginarios, nuevas representaciones. Algunas claves de lectura para los bestiarios latinoamericanos contemporáneos", *LLJournal*, N.º 3 (2008): 2.

cuyos sentidos desbordan la capacidad sensorial humana? Sobre los cuerpos de ciertos personajes juego a acortar las distancias con transformaciones que me acercan a lo animal, formas intermedias e inacabadas, identidades que encarnan la multiplicidad de lo viviente. Así mismo recorro a otras estrategias como: el diseño de encuentros humanos-animales que no estén mediados por el lenguaje verbal, la configuración de narrativas atravesadas por lo onírico, y el tejido de unas ficciones que, como lo plantea Haraway, posibiliten sentir, vivir y morir juntos a los personajes humanos y animales. El universo ficcional que *Zoología de la isla Santay* articula, proyecta líneas de fuga para imaginar otros mundos posibles. Desde este proyecto de creación artística insisto en volver sobre la pregunta por la cuestión animal y deseo incentivar a la escritura de ficciones en esta línea que permitan producir saberes y explorar nuevas sensibilidades.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2002.
- Casares, Bioy. *Una muñeca rusa*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1991.
- Cortázar, Julio. *Bestiario*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1951.
- Despret, Vinciane. *¿Qué dirían los animales si les hiciéramos las preguntas correctas?* Buenos Aires: Cáctus, 2018.
- Di Benedetto, Antonio. *Cuentos completos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2006.
- Encalada, Oswaldo. *Bestiario razonado & Historia natural*. Quito: Radmandí Proyectos Editoriales, 2004.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes: animalidad, cultura y biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.
- López Parada, Esperanza. *Bestiarios americanos: la tradición animalística en el cuento hispanoamericano contemporáneo*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2002.
- Roas, David. *Tras los límites de lo real, una definición de lo fantástico*. Madrid: Páginas de espuma, 2011.
- Haraway, Donna. *Seguir con el problema, generar parentesco en el Chthuluceno*. Argentina: Consonini, 2019.
- Ribeiro Barreto, Francelina y Hernique Lopes de Almeida, Carlos. «Las marcas de la medievalidad en la cronística quinientista. La influencia de los bestiarios en la obra *Historia general y natural de las Indias*». En «*Literatura ê Resistencia: Múltiplos olhares*». Brasil: Universidad de Pará, 2014.
- Ostrov, Andrea. *Espacios de ficción: Espacio, poder y escritura en la literatura latinoamericana*. Argentina: Editorial Universitaria Villa María, 2014.
- Yelin, Julieta Rebeca. «El giro animal. huellas kafkianas en la escritura de César Aira y Wilson Bueno». *Centro de estudios de Teoría y Crítica Literaria*, N.º 5 (2011): 1-14.
- Yelin, Julieta Rebeca. «La cuestión animal». En *Perífrasis*, N.º 5 (2017):29-43.

Yelin, Julieta Rebeca. «Nuevos imaginarios, nuevas representaciones. Algunas claves de lectura para los bestiarios latinoamericanos contemporáneos». *LLJournal*, N.º 3 (2008): 1-12.

ZOOGRAFÍA FANTÁSTICA DE LA ISLA SANTAY



Reptiles

*Mientras habló rodeó sus miembros una nueva tierra, nadando ellos, y pesada, dentro
creció una isla en su mutado cuerpo.*

Ovidio, Metamorfosis

Nadie sobreviviría si nadara entre cocodrilos, nadie que no sea como yo.

Podía sumergirme entre depredadores, pero los hombres eran otra clase de bestia más astuta y peligrosa a la que había que aproximarse con cautela. Amaba a V. con esa pasión con la que uno se entrega a lo desconocido. Lo amaba, y me había propuesto matrimonio. V. incluso estaba dispuesto a dejar la ciudad para vivir conmigo en la isla, aunque los vecinos me habían advertido que nadie que no hubiera nacido sobre este humedal con forma de corazón tenía derecho a habitarlo. Pensamos en hacer pequeñas modificaciones para compartir la casa que mis padres me heredaron porque, solo yo estaba acostumbrada a ver insectos sobre la mesa o debajo de la cama, V. no lo resistía. Su piel blanca se enrojecía con mucha facilidad ante la cercanía de cualquier insecto, y por esa fragilidad creía que era el hombre indicado para mí. Hasta que conocí a Manuel.

En las noches en las que V. dormía conmigo, no soportaba que los insectos voladores irrumpieran en el cuarto ni que otras alimañas más imperceptibles le succionaran su delicada sangre. Incluso no toleraba ver a los gusanillos de cuerpo endurecido que reptaban por cualquier esquina de la habitación y que al tacto se enroscaban y escondían sus pequeñas patas. Hay insectos que por su aspecto pueden ser más impresionantes para alguien como V. que vivía en un departamento de ciudad y que solo había tenido que lidiar con hormigas y cucarachas urbanas. En la isla hay arañas que tejen redes inmensas en las que podrías quedarte atrapado. No duermo y mientras V. está soñando me ocupo en ser una espía de la vida que la habitación emana. “Bichos, tu casa está llena de bichos”, repetía V. intentando disimular un poco su asco. Sin importar si se arrastraban, caminaban o dibujaban su territorio en el aire, para él eran simples bichos entrometidos, portadores de enfermedades mortales.

A V. lo vi por primera vez mientras cumplía mi turno diario para alimentar a los cocodrilos. Él estaba fascinado por los animales sumergidos, se notaba que disfrutaba verlos en cautiverio y celebraba cuando salían del agua por un trozo de pollo que algún turista morbosos arrojaba hacia la tierra. Yo cuido de los cocodrilos por tradición familiar.

Los Domínguez siempre hemos tenido una afinidad con los reptiles que nos permite acercarnos sin el temor de ser heridos o devorados por ellos. Este don nunca podría usarse para el divertimento de turistas, ni para provocar daño al animal. Era el pacto tácito que manteníamos y que nos había permitido vivir en la isla sin que ninguno de los miembros de nuestro árbol genealógico haya muerto, ya sea por la picadura de una serpiente o entre las mandíbulas de los cocodrilos que no estaban en cautiverio. A nuestros antepasados los mató poco a poco la infiltración de pequeñas tristezas en los órganos huecos y las mujeres que no murieron por esta causa desaparecieron. Mi madre se negaba a contarme la historia de mi bisabuela paterna, una mujer que se esfumó del mapa dejando a su marido con tres criaturas a cuestas. Le angustiaba que siga el camino de mi familia paterna, que me convierta en una más de la generación de cuidadores de cocodrilos en la isla.

V. solía decir que, así como yo seducía a los reptiles, lo había atraído a él. Quizá había aplicado, sin saber muy bien su funcionamiento, el mismo artificio para atraer a Manuel, un hombre que perturbaba la comodidad de los afectos que había cultivado junto a V. durante este último año.

Bastaba con pensar en Manuel para que coincidiéramos en alguno de los senderos que conectaban el muelle con el complejo de casas. Se había vuelto un visitante habitual porque era quien manejaba el programa de observación de aves. Con esa mirada entrenada para perseguir animales pequeños y frágiles me recorría, y yo quedaba indefensa ante su escrutinio. Guardaba silencio e intentaba descubrir alguno de los secretos que un hombre de su tipo debía ocultar para tener un trabajo tan alejado de la ciudad. Con su fuerza y facciones debería vestir traje, tener una esposa esbelta con la manicura perfecta. O también podría ser uno de esos hombres misteriosos, con un divorcio a cuestas y una hija adolescente. Lo que sabía sobre Manuel era poco, pero me bastaba: era un cazador diestro, y no temía herir. Con sus binoculares y una libretilla de apuntes se dirigía isla adentro. Y contrario a lo que podría pensarse, intentaba diseñar un plan para controlar al periquito celestial, un ave que según los registros fue escuchada por primera vez en 2015 y para el día de hoy cientos de ellas anidaban en el ventrículo izquierdo de la isla congestionándolo.

Un día empecé a sentir una extrañeza en mí. Desperté con un escozor sobre la barriga que con el paso de las horas hizo que una porción de piel adquiriera un tono café y agrietado. Algo sucedía con mi cuerpo durante las noches. Me paraba frente al espejo y podía reconocer una mirada que no me pertenecía. Temía que una enfermedad terminal hubiera empezado su curso, pero yo era apenas una mujer de veinticinco años y de lo que había

investigado antes de perder a mis padres, en mi familia no había un historial de enfermedades raras. Seguí los consejos de Aura, la mujer a la que visito para sanar, humecté la piel con un poco de aloe, bebí un cóctel de hierbas amargas e intenté dejar preocuparme tanto, pero fue inútil. Los pensamientos estaban atados a mí como un lastre y con ellos debía seguir fingiendo llevar una vida normal.

Antes de conocer a V. y de que Manuel me sedujera, estuve enamorada de un profesor que trabajaba en la única escuela de la isla. Algunos hombres se interesan por mujeres que hacen cosas que ellos jamás se atreverían. El profesor no resistía verme cerca de los cocodrilos, pero sabía de mi pasión por los reptiles y me leía fragmentos sacados de sus libros. Una noche me dijo que los que estudian a las serpientes se llaman h-e-r-p-e-t-ó-l-o-g-o-s, mientras me contemplaba como si yo fuera algo que había que ir descifrando con cautela. También me dijo que los ofidios se acarician la piel cuando copulan, enroscan sus cuerpos entre sí y se muerden, se muerden aun cuando esto podría matarlos. Y nos envolvíamos uno sobre el otro, nos queríamos a veces con un poco de violencia. Hasta que el profesor trató de convencerme de que lo mejor para mí era dejar la isla y buscar un trabajo menos arriesgado. No volví a verlo.

Amaba que me leyera cuando estaba recostada sobre la cama, las únicas lecturas que recordaba eran las de mi madre, que de niña intentaba llenarme la cabeza con pasajes bíblicos. Mi madre odiaba a las serpientes, “la mataballo es el diablo”, solía gritarme para que no me aleje mucho de la casa. “La serpiente es un animal inmundo y abominable, fue condenada a arrastrarse sobre su vientre y a comer polvo”, “¿Acaso quieres ser maldita y que te expulsen del paraíso?” Pero, aunque ella las acusaba de traicioneras y les temía, para mí ver una serpiente cubierta de escamas luminosas era un buen augurio y me hacía sentir tranquila. Me decepcionaba saber que gran parte de la gente de la isla compartía ese temor por las serpientes, sobre todo, por la mataballo, una hermosa boa que no poseía veneno.

No cualquiera tenía la suerte de encontrarse con una serpiente, no era algo sencillo. Ellas sienten la vibración de las pisadas sobre la tierra como una alerta, y se deslizan lejos de la presencia humana. Es más, nunca he visto una culebra merodeando cerca de mi casa, aunque he encontrado sus pieles antiguas en el interior. Pieles pequeñas y otras de gran tamaño, casi siempre cerca del clóset, el lugar donde las corrientes frías y cálidas entran en tregua y puedo caminar descalza. A V. un hallazgo de esta naturaleza podría paralizarlo, quizá no sabría distinguir entre los restos de la muda y el verdadero animal,

me diría que no se puede vivir en un lugar lleno de tantos animalejos. “Los cocodrilos también cambian de piel, podría soltar para distraerlo”, pero V. ya estaría soñando en enviar a una de esas costosas empresas antiplagas para limpiar mi casa. Empresas exterminadoras de lo poco de vida que parece quedarnos.

Los últimos años en la isla han sido inusuales, cada vez se siente menos la presencia de ciertos animales, mientras hay otros que prosperan de forma desmesurada. La vegetación está secándose. Los turistas vienen en oleadas a succionar el aire puro y a ver a los cocodrilos, los únicos animales que no pueden huir de su mirada.

Sobre V., sé que puede ser un hombre insoportable, pero hay un lado de él que solo yo conozco. La ternura con la que me besa la frente cuando pongo mi cabeza cerca de su pecho y me permite escuchar sus latidos. Sus palabras que me reconfortan cuando me pierdo pensando en el futuro. La confianza con la que me permite aprisionar mi cuerpo contra el suyo, su entrega y su hermosa y cálida piel cubierta de pecas.

Manuel es de otra naturaleza, no le teme a caminar isla adentro a pesar del riesgo de una torcedura de tobillo o una mordida. Sabe que para eliminar a una serpiente debe cortar su cabeza y enterrar su cuerpo porque si fue venenosa, sus huesos podrían infectar a quien los pise. Pero el cazador de aves que solo conocía en teoría cómo matar serpientes tuvo la oportunidad de descubrir las bondades de este animal. Una de esas tardes en las que se aventuró a ir más allá del sendero trazado, y con las horas se supo perdido, el zigzagueo de una víbora sobre las hojas secas lo alertó de la cercanía del estero. Caminó bordeando las aguas hacia las orillas de la isla. “Una culebra me salvó”, me susurró, mientras su mano se deslizaba sobre mi vientre delineando un movimiento rítmico y cálido. Una mujer como yo no puede entregarle su corazón a un solo hombre. Fue inevitable, esa noche Manuel se desvistió por primera vez dentro de mi casa, su camisa oscura y su pantalón ajustado terminaron revueltos sobre el piso.

Lo primero en que me fijo cuando examino a un cuerpo masculino son sus pies, sus zapatos suelen darme la primera entrada, leo su color y diseño. Serán venosos, suaves, tendrán vellos sobre el empeine o una dulce cicatriz de algún accidente infantil. Los pies de Manuel eran los pies de un hombre que puede caminar sobre cualquier terreno sin lastimarse. Su vitalidad se revelaba hasta en el movimiento más inocente. Pasamos horas sobre mi cama, amaba que me deslice sobre su cuerpo y lo aprisione. El cazador disfrutaba ser dominado.

Sobre mis recientes complicaciones corporales, había guardado silencio, pero la ansiedad en mí crecía a un ritmo que dentro de poco me sería difícil contener. El insomnio y la falta de apetito, la incipiente palidez que se asomaba en mi rostro, no les había comentado ni a Manuel ni a V. lo que me estaba pasando. No quería que me creyeran una mujer enfermiza, nunca me gusto lucir vulnerable. Pero la pérdida de las uñas de mis dedos del pie y las escamas que pronto me cubriría por completo el abdomen no las podría ocultar por mucho tiempo.

La idea de casarme y tener hijos no solo me ponía en un estado de estrés al que culpaba por estos cambios. Después de todo hay gente a la que se le cae el cabello, y le salen alergias incontrolables en la piel. Los niños eran lo que más me agobiaba, no soportaba el llanto de los bebés, su hambre incontrolable e indefensión. Me costaba mucho disimular mi amabilidad cuando los pequeños iban de visita a la cocodrilera, y con poco esfuerzo me encontraba imaginando lo rápido que uno de mis cocodrilos podría devorarlos si se acercaban más de lo permitido. El mundo podría ser un lugar mejor si dejáramos de reproducirnos tanto.

La enfermedad y la voracidad de mi amor por Manuel crecían al mismo ritmo. La ausencia de V., me permitió tener al cazador cerca, pero temía que descubriera la nueva forma de mi cuerpo. Mi vientre estaba completamente cubierto de brillantes escamas cafés que disimulaba con ropa holgada. Al tacto mi piel se sentía fría y húmeda. Manuel sospechaba que algo me ocurría. Me dejé llevar y en el que sería nuestro último encuentro, decidí que no me ocultaría. Lo vi deleitándose mirando las manchas oscuras que empezaban a poblar las escamas que cubrían mi dorso. Nunca nadie me había deseado tanto.

V. se había marchado a un congreso de altos corporativos a una isla del Caribe y el clima había arruinado la comunicación. Tardaría al menos una semana en hablar con él. Faltaban pocos días para la boda. Algo continuaba agitándose en mi interior, crecía en mis entrañas, minaba mis venas, hacía fluir sustancias ácidas, sentía que me consumía. El amor era una distracción conveniente. Ojalá pudiera cambiar de piel como las serpientes para hacerme un cuerpo sin las huellas del tacto de los otros. ¿Quién puede amar a una mujer que no sabe bien lo que es?

Sabes cómo matar y no tienes miedo de hacerlo. Matar no es algo que hayas aprendido a reprimir a pesar de los largos años de educación religiosa. Pero está inscrito en cada pliegue de ti aun cuando tienes la apariencia de una delicada mujer que solo conoce el destello de la ciudad que el agua trae hacia la isla.

Fue jueves cuando apenas empezó a amanecer y te descubriste desnuda a las orillas del río. Regresaste a casa a hurtadillas, la tierra fresca y húmeda se introducía entre tus dedos, nadie podía enterarse que pasaste la noche deambulando entre el bosque y el estuario. No controlabas tus pasos. Dentro de poco tendrás que salir a alimentar a los cocodrilos que en la isla permanecen en cautiverio para el deleite de los turistas. Los cocodrilos podrían asir tu cuerpo con su hocico, mientras se tuercen en una salvaje danza hacia el fondo del estanque, pero te sientes bien en su compañía. Te complace verlos acechar una víctima imaginaria. Fantaseas con sus cuerpos navegando libres por el estero interno que atraviesa la isla. Cuando la marea se eleva, el agua se desborda sobre los escuálidos caminos de tierra.

Diriges tus pasos hacia la mujer que ha curado tu cuerpo cada vez que enfermaste, la tarde se anuncia con una corriente fría. Su casa forma parte del complejo ecoamigable que el gobierno construyó y que en todos los noticieros se anunció como un gesto de progreso. Te reciben dos perros mestizos que juegan con un pequeño niño que te sonrío, pero ignoras. La mujer huele el Guasmo y el agua salobre impregnados sobre tu cuerpo. Huele el metal, la podredumbre, tu falta de miedo.

—Una infusión de ruda, sándalo y romero limpiará tu sangre.

—¿Y podré volver a dormir?

—Soñarás solo si limpias tu sangre, si limpias la sangre.

—¿Sabes qué le pasó a mi bisabuela?, mi madre nunca quiso decirme.

—Nunca se fue de la isla. Ahora vete y haz lo que te he dicho, ya lo descubrirás sola.

No se trata de uno de esos virus pasajeros que te dejan postrada en la cama por unos días y que vences bebiendo caldos de aves. Menstruar también se siente como morir un poco, corrientes de sangre tibia fluyen hacia tus tobillos, esto es diferente. V. temería la palidez

de mi rostro e intentaría llevarme a la ciudad. Pero este ha sido un mal progresivo que se anunció con la palpitación de mis carnes, dolores intermitentes que me recorrían, la ausencia prolongada del sueño. Ya no hay más silencio en mis órganos. La manía de ser fuerte tiene sus límites. Ignoré la enfermedad porque amaba y el amor puede hacer surgir fuerzas ocultas, puede hacerte creer en potencias fantasmas.

La enfermedad progresó y perdí el último dedo que quedaba en mi pie izquierdo. Se fue oscureciendo y se desprendió de mí como el hijuelo de un cactus que busca tierra fértil. Poco a poco la piel que recubría mi empeine empezó a deshacerse. Descomponerme de esta forma, debía lucir como algo salido de una pesadilla. Creía desvanecerme del terror de no tener control sobre mí. La pérdida no cesó, luego de que mis pies quedaron inútiles, mi cuerpo continuaba su progreso hacia la desaparición de mis otros miembros. Pronto sería solo un tronco con cabeza recostado sobre la cama. Creí que este era mi fin, en la mañana Manuel podría ser el primero en encontrarme y en llorar mi ausencia.

En señal de que esto no se detendría, la piel en contacto con la superficie sobre la que reposaba mi yo en pedazos se fue alargando y alargando hasta que la forma y la textura de mi apariencia humana se desdibujó. Algunas escamas se mezclaron con vello y estrías con una piel elástica.

La sensibilidad se activó en cada centímetro de mí, fue como despertar de un sueño dentro de otro sueño. Se sentía muy real. Percibía el calor que despiden los objetos, las ramas de los árboles que se observan desde mi ventana, las aves que alzan su vuelo en la oscuridad. Con cada salida al exterior de mi mandíbula, mi lengua saboreaba el olor del río dentro de la habitación. Las variaciones en la marea, los árboles muertos, los lechugines y los remolinos. Podía sentir la complejidad del río como una melodía olfativa que a esas horas se precipitaba contra la isla, anegándola.

En un oscuro rincón donde todavía persistían algunos recuerdos de mi antigua existencia se movía un deseo. Quería que amanezca para volver a ser la mujer que alimenta a los cocodrilos, volver a ese trabajo para el que además tenía un talento natural. A esta hora V. estaría recostado esperando mi llamada, querría que le cuente lo que hice en orden cronológico, y fingiría interés por las cosas más cotidianas. Tendría que describirle cada una de mis comidas, y la intensidad del atardecer de hoy. En los días en los que no puedo mirar el cielo debo reconstruir el recuerdo de atardeceres pasados. A V. le interesan esos

detalles minúsculos que para los demás no tienen mayor sentido. Pero V. es un burócrata que le teme a los reptiles, que ahora me temería.

Hay muchas formas de llegar a la isla, pero pocas rutas de escape sobre todo en las noches de marea alta. Conoces bien los lugares vulnerables, los caminos que tus abuelas te han recomendado no transitar a ciertas horas del día porque el viento puede enfermarte. Senderos que solo se abren para mujeres que no le temen al acecho de los animales. Cada cien años nace una mujer como tú. Una hembra que reptaba cuando la luz se ocultaba y los isleños duermen. Un día despiertas trazando zigzags con tu vientre, refrescándote con todo el cuerpo, aguardando la oportunidad para nutrirte de una criatura tibia para volver a olvidarlo todo y amanecer con un profundo frío latiendo en tu interior. La isla ha enfermado. Enroscarás tu cuerpo alrededor del cuello de los más pequeños hasta que la asfixia les devuelva la belleza de las flores azuladas. Solo criaturas que no han conocido el sufrimiento y que al igual que tú no pueden erguirse. Te alimentarás hasta que sientas que es suficiente, hasta que la putrefacción que ha contaminado las aguas subterráneas se diluya. Hasta que cada uno de los cadáveres sumergidos o escondidos entre la maleza sean humus que alimente a las hifas.

V. volvió a la isla, pero no pudo encontrarme. Al igual que mi bisabuela, yo también había desaparecido dejando el rastro que solo un cazador entrenado como Manuel podría detectar. Los isleños supieron disimular la ola de infanticidios para no espantar a los turistas. Mi existencia nocturna se volvió más placentera. Cuando quería soledad me sumergía en medio de mis cocodrilos para descansar sobre sus lomos rugosos. Cuando buscaba compañía me dirigía hacia el centro magnético de la isla donde pocos aseguran haber llegado. A pie o arrastrándote porque no hay otra manera, podrías tardar al menos un par de días de camino sin pausa. En el centro hay un agujero cuya profundidad es insondable, un pequeño abismo por donde solo caben insectos y animales alargados. Alrededor del pequeño abismo cientos de culebras se reunían para copular, y entre ellas me movía yo, tratando de asimilar las potencias de un cuerpo que no constaba en ningún manual de zoología.

Lepidópteros

El humus, el terruño mezclan cuerpos y plantas, fauna y flora, muertos o vivos, mezclas orgánicas. Todavía nos gusta demasiado el detrito vegetal; el desecho animal repugna, pero no siempre, ésta puede perfumar, cuando se trata de una presa, lo manido nos atrae.

Michel Serres

Caro data vermibus

Carne dada a gusanos

Frase latina

Masculino, nueve punto cuatro libras de peso, veintiún días de vida. El forense anotaba las características del cuerpo infantil que había ingresado esta mañana a la sala de autopsias. Le habían pedido discreción. La mortalidad de la isla estaba bajo los promedios de la ciudad, es más, hace medio siglo que no se cometía un crimen. No quería adelantarse, pero descartando el síndrome de la muerte súbita, la causa probable de este fallecimiento sería homicidio. Anotó la palabra y escribió entre paréntesis un signo de interrogación, dudaba. Abrir el pequeño cuerpo como quien destaza un pollo de tamaño estándar de supermercado lo hizo flaquear. Con los cuerpos de viejos o vagabundos no tenía mayor consideración, los rebanaba con velocidad, exploraba el fallo que los había aniquilado, extraía sus órganos, drenaba la sangre y escribía sin mayor emoción el reporte: hemorragia digestiva, paro cardíaco, embolia pulmonar. Le daba igual si tenían el rostro destrozado por un accidente de tránsito o si habían muerto por una sobredosis de opiáceos. El niño cadáver que ahora analizaba con movimientos casi ceremoniales de su escarpelo, lo había sacudido; a simple vista no era evidente, pero había muerto por estrangulamiento. Una maniobra sutil que no se anunciaba con hematomas u otros signos de violencia sobre el cuerpo. Lo que lo dejó sin aliento fue descubrir, luego del primer corte, un profundo olor vegetal. Pensaba que era el cansancio que engañaba sus sentidos, así que continuó abriendo la carne. En el interior del niño no había órganos ni vísceras, en su lugar le habían crecido flores de colores vivaces. Las que ocupaban el lugar de los pulmones eran de apariencia aterciopelada y de un discreto tono violeta. Florecillas adheridas a las paredes musculares, vitales y como si los tejidos y mucosas hubiesen sido el lugar ideal para su germinación.

Este sería sin duda el primer caso de simbiosis humano-vegetal *post mortem* registrado en la historia. Imaginaba que podrían ponerle su apellido a este nuevo descubrimiento, quizá hasta un nombre en inglés. *Bloomed baby* sería una mejor opción, el inglés haría que el raro cuadro sea conocido en todos los continentes, pero también sería un guiño a *In Bloom*, de Nirvana, la banda de grunge que escuchaba cuando tenía turno y debía amanecer entre cadáveres. *Nature is a whore*, la canción no solo era una buena elección, sino que la letra parecía hablarle del padecimiento. *Bruises in the fruit/Tender age in bloom*, con lo que había visto la relación entre la letra y lo que estaba sobre la mesa de acero ya no le parecían una simple coincidencia. ¿Acaso Cobain había sido el primer testigo de un cuerpo con estas características? Su manía por encontrar señales en los objetos que encontraba en la calle o las palabras que intercambiaba con desconocidos se había vuelto una especie de mantra para navegar los días. Una pequeña orquídea enredada en la tráquea del niño lo había convencido de que debía haber algún factor genético involucrado para tan hermoso despliegue. Otra vez su mente racional intentando darle sentido a las cosas que nadie puede explicar. Nunca hubiese creído que un cuerpo muerto podía ofrecerle una experiencia de esta naturaleza.

La isla se encuentra a veinte minutos de distancia en lancha, esta es la única forma de llegar luego de que el puente peatonal hubiese sido dinamitado por un grupo insurgente a favor de proteger la vida no humana. Esta aparente contradicción en sus estamentos explicaba porque se entregaban a las fauces de animales salvajes como signo de su pertenencia radical a la causa.

El puente fue derribado con una precisa operación que impidió que los restos del estallido contaminaran las aguas y fueran a descansar sobre las orillas de la isla. A diario los habitantes debían recolectar los desperdicios que se acumulaban para evitar el padecimiento de las aves. Las garzas confunden las tapas de botellas con succulentos crustáceos a los que devoran y que les provoca una muerte lenta. Sin un puente que le permitiera cruzar a pie hasta la isla, el doctor debió buscar otra forma de llegar a Santay. Viajar junto a un pescador lo haría pasar desapercibido. Los pescadores tenían prohibido transportar turistas. Así evitaría el control de ingreso donde debería explicar el motivo de su visita y el tiempo de estadía. No podía decir: “Vengo con el cadáver de un recién nacido a buscar una forma de volver en el tiempo”. Además de acusarlo de locura, lo condenarían por necrofilia o de qué forma iba a explicar que había robado la evidencia de un caso de homicidio en curso.

Lo de viajar en el tiempo había surgido producto de una investigación que hizo por el lado oscuro de la web. En algunas zonas tropicales insulares se creía que existen mariposas con la habilidad de transportar a quien la devore de vuelta al pasado. Pero había una condición que detuvo a casi todos los cibernautas que investigaban asiduamente el tema: nadie había podido conseguir la carne florecida de un recién nacido, único alimento posible para la mariposa, que una vez ingerida por un humano podía transformarlo en un viajero del tiempo.

El pescador guardó silencio durante todo el recorrido, por momentos la lancha parecía que se volcaría entre las corrientes del oscuro río. Solo cuando atracaron en una de las orillas desoladas, el pescador le advirtió que pasado el mediodía habría aguaje. Esto lo dijo como una advertencia porque al ver que cojeaba, creyó que podría quedar atrapado entre el lodo con facilidad y luego no podría hacer nada para librarse de la elevación de las aguas. En la ciudad el agua salada solía colapsar los sumideros de lluvia e inundar las casas, este era un hecho que pasaba inadvertido para todos, excepto los que tenían viviendas escuálidas a punto de zambullirse al borde del estero. El crecimiento de las aguas en la isla inhabilitaba los caminos y saturaba la tierra. Había que moverse rápido hacia la zona no inundable o podría ser devorado por cocodrilos.

En Santay, hay bosques de árboles negros que no se descomponen por el creciente contacto con el agua salada. Cientos de neumatóforos brotan entre el lodo como prótesis pulmonares, respiran para evitar su agonía. La arquitectura vegetal asombra a los visitantes, hay bosques rojos con raíces que tienen la forma de patas de arañas gigantes, ahí anidan los peces y crustáceos.

Solo cien personas tienen el privilegio de vivir en la isla corazón. En el último año se reporta que en los sitios donde la vegetación había empezado a secarse y a ser consumida por las termitas, ahora rebrotan especies ancestrales. Las plagas que debilitaban el follaje verde y tierno se han disipado, los hongos que enfermaban el suelo, los nemátodos que infectaban los sistemas vasculares de las plantas han detenido su efecto destructivo. La isla es como un cuerpo que está convaleciente.

Han vuelto los trazos animales sobre la tierra y los aires, la única evidencia concreta de que la isla alberga vida. Ecos y huellas diminutas es todo lo que Santay le puede ofrecer a un visitante ciudadano. Sin embargo, quien lee los rastros como lee un cuerpo sin vida en busca de la causa de su deceso, sabrá que las pisadas diminutas son la evidencia del

retorno de los mapaches. Si consigue avivar otros sentidos escuchará el canto del hornero, el picoteo de los carpinteros, el aleteo apresurado de los colibrís, y si se convierte en un escucha dotado podrá dar cuenta del murmullo de las avispas, el zigzagado de las culebras o el silencio de los manatíes.

Soy una mujer que come mariposas, así me entreno hasta hallar a la correcta. Las atrapo en pleno vuelo, y con suavidad las deposito dentro de mi boca. Dicen que las mariposas tienen un sabor aceitoso y que sus abundantes colores no tienen nada que ver con el supuesto sabor dulzón que algunos le atribuyen. ¿Cómo saber si la mariposa engullida es la indicada? Perdí a mi hijo y no he podido darle sepultura a su cuerpo, las autoridades se lo llevaron como evidencia de los sucesos raros que ocurren en la isla. Como mariposas porque quiero volver a verlo, porque no tengo otra forma de restaurar nuestro tiempo juntos.

—Clara, nadie puede volver en el tiempo —decía mi madre— podemos acelerar el paso de los días, y si nos proponemos, hasta hacer que su desgaste sea más pausado. Volver es imposible. Y ahí estaba sentada con la mirada en fuga, regresando quién sabe a qué año, escuchando quién sabe qué reclamos o palabras de amor, es que casi todos huimos desesperados del presente, en dirección a un pasado idílico o un futuro que se nos cae a pedazos.

Yo ya no la escuchaba, estaba empeñada en hallar a la mariposa de pesadas alas azuladas y de vientre oscuro. Como me había recomendado Aura, la curandera de la isla, la ingesta de una sola de ellas era capaz de hacer milagros con la percepción del tiempo lineal al que estamos acostumbrados. A quién no le gustaría volver al pasado para decir o hacer algo que los salve de lo que se han convertido. Prefiero no caer en el juego de las causalidades. Solo quiero regresar, no me importan las consecuencias.

Ni la fobia a las mariposas me impidió tragarme la primera, luchó en mi cavidad bucal y su aleteo incesante se fue diluyendo en su camino hacia mi interior. Comedora compulsiva de insectos, así me habrían diagnosticado si a alguien le importara el dolor de una madre primeriza con los pechos hinchados por tanto líquido blancuzco. En la isla cada cual hacía con sus penas lo que podía, y los ciclos de vida y muerte se aceptaban con resignación. Otras madres que también despertaron con la sorpresa de sus hijos inertes, cavaron un agujero cerca del árbol de Matapalo y ahí, junto a ellos enterraron sus

esperanzas de un futuro a su lado. Yo no sepulté a mi hijo recién nacido porque no me resignaba a su ausencia. Una denuncia anónima hizo que las autoridades me visiten. Traté de explicarles lo que vi entre las sombras antes de ingresar a su habitación esa mañana. La silueta pesada y veloz de un animal alargado que se deslizaba hacia el exterior. No pude impedir que se lo llevaran.

Caminar, acechar, capturar, tragar, una y otra vez, hasta llevar este ritual al punto del automatismo. Un tránsito hacia la desesperación provocado por la falta de resultados. Lo que yo ignoraba es que solo las mariposas a punto de terminar sus horas de vuelo descendían lo suficiente para ser capturadas por los humanos. Algunas aves eligen caer en picada hacia lagos fríos para no vivir los estragos de la vejez, las mariposas prefieren zambullirse en la profundidad de nuestros cuerpos. Yo honraba cada una de sus muertes con un suave silbido que dispersaba junto a mis pasos a través del bosque y que las piedras grababan en su superficie. Le cantaba a su muerte para que sus ciclos se reanuden y pueblen de nuevas criaturas el aire.

Mi fascinación por los insectos voladores empezó cuando era adolescente, pero al inicio se disfrazó con su opuesto, el miedo. Solía esconderme debajo de la cama cuando llegaba la Tandacuchi, una inmensa polilla que se posaba en lo más alto de la habitación y recorría la casa asuntándonos. Los viejos decían que la visita de uno de estos bichos era una señal de mal augurio. Cuando entendí que no era un animal maldito, y nadie de la familia murió en los días en que convivimos con la Tandacuchi, decidí observarla con más cuidado. Así descubrí la belleza de sus colores a contraluz y como una revelación, supe que me dedicaría a estudiar insectos. Los biólogos que visitaban la isla me enseñaban sobre sus hábitos y ciclos, el resto lo fui aprendiendo sola perdiéndome en el bosque.

Así con los años pude desmentir algunas cosas curiosas que decían sobre las mariposas en la isla, como que el polvillo que despiden de sus alas es capaz de causar ceguera permanente. Por eso los niños preferían verlas a distancia jugar entre la vegetación y si alguna de ellas se posaba sobre su cuerpo, cerraban los ojos, mientras apretaban cada uno de sus músculos a la espera de que se alejaran sin causar daños. El polvillo se trataba, en realidad, de las escamas de sus alas que se desprenden dejando partículas diminutas, partículas que anuncian su descomposición.

Hay flores que nacen de la carne, entre el cuerpo descompuesto de algún animal que el tiempo y el oxígeno apresuran hacia la tierra. Mis conocimientos médicos y algunas de las lecturas especulativas que he realizado me confirman que esas flores no sirven, ninguna mariposa capaz de afectar el tiempo se alimentaría de uno de sus iguales, eso sería canibalismo. Esta práctica nunca tuvo efectos nutritivos, sino que llevó a muchas especies a estados disociativos que los científicos denominaron como el mal de la locura. Las primeras víctimas fueron las vacas a las que alimentaron con polvo de los huesos de otras como ellas. Sus cerebros se llenaron de agujeros por el ataque de proteínas que antes estructuraban su masa encefálica y que por el envenenamiento que supuso comerse entre sí, se transformaron en entes patógenos capaces de horadar cualquier recuerdo.

Las flores que pueden ayudarnos a recuperar el tiempo perdido deben brotar de la carne humana, del lugar donde antes latía un músculo cálido y rítmico como el de este pequeño al que he traído de vuelta al lugar cero. Tras las horas posteriores a su intervención, las flores que el cuerpecillo alberga en su interior se mantienen con turgencia, conservan su aroma y tonalidades tropicales, a diferenciar de su carne que ha empezado a mostrar los signos de una incipiente descomposición, a exudar fluidos verduzcos, a exigirme que lo lleve a tierra firme.

El resto será ejercitar la espera a una distancia prudente del niño, hasta que la mariposa del género *Morpho* se pose y succione el néctar de las flores y pueda capturarla. No cualquier mariposa podía afectar el tiempo-espacio. La *Morpho* es una criatura de alas azules que quienes ignoraban su inmenso poder, las cazaban, disecaban y presumían en sus desaliñadas salas de apartamentos de ciudad.

La noche cae sobre el bosque seco, mis ojos tardan minutos en aprender a ver en la oscuridad. Permanezco solo en medio del canto de los grillos, las horas percolan. Luciérnagas brillan cerca de mí, parece que me olfatean, no me muevo. Amanece con un leve rocío sobre las hierbas, y antes de que el sol brille con su máximo resplandor, la *Morpho* llega. Espero que beba el néctar de las flores, pero la mariposa escarba entre la carne podrida para succionar los fluidos ácidos de la piel. La carne es su alimento.

No existen las coincidencias, creo que gran parte de lo que somos y hacemos ha sido predeterminado y que hay cosas que escapan de nuestro entendimiento. Estas opiniones me las reservo para evitar que la gente piense que soy uno de esos doctores que ponen su

fe en hechos sobrenaturales. Trabajar con cuerpos inertes me ha endurecido lo suficiente para no creer en charlatanerías *new age*. Los muertos no regresan del más allá, el tiempo perdido no se puede recuperar o al menos esos eran los pilares que impedían que mi racionalidad colapsara. Todo se vuelve menos transparente una vez que entras a la isla, no sabría decirlo de una forma que resulte comprensible, es una atmósfera iridiscente que te absorbe y aun cuando no puedes ver sus colores, intuyes que estás en un territorio donde las reglas que gobiernan la vida de los mortales se tambalean hacia un abismo secreto y dulce.

He venido a la isla en busca de la promesa de tener el cuerpo que alguna vez me permitió moverme sin complicaciones. Un hombre puede vivir con el fantasma de su pierna que le arde y duele. ¿Cuánto tiempo tarda uno en acostumbrarse a la pérdida de una extremidad? Finjo que lo he superado, uso una prótesis y disimulo con pantalones la ausencia de hueso, músculos y tendones. Estoy dispuesto a lo que sea para volver al pasado, así podría tratar el sarcoma sin extirpar la pierna izquierda por completo. Solo la ingesta de una mariposa *Morpho* puede hacerme volver.

Por supuesto que me investigaron, me hicieron muchas preguntas y quisieron saber si fui yo la que asesinó a mi hijo. La autopsia debió mostrar que no mentía porque desde que se llevaron su cuerpo me dejaron tranquila. He vuelto a mis hábitos de la adolescencia, ahora mi tiempo lo dedico a la contemplación y el estudio de los insectos que vuelan. Mi madre que entiende la angustia de perder a un hijo intenta sacarme de mi ensimismamiento.

—Clara, ¿Por qué las polillas se estrellan contra los focos?

—Son animales lunares mamá, buscan el destello en el cielo e intentan elevarse para alcanzarlo. Solo están confundidas.

—No soporto ese sonido que hacen cuando sus cuerpecillos chocan contra el vidrio caliente.

—Vuelan hacia su muerte por nuestra culpa, si no le temiéramos tanto a la oscuridad no hubiésemos creado cientos de lunas artificiales.

—Clara, ¿cómo puedes sostenerlas entre tus manos? Me dan asco los insectos voladores, sus cuerpos segmentados, las patitas delgadas y esos enormes ojos.

—Madre, alguien debe llevar sus cuerpos muertos de vuelta a la tierra.

A la mariposa que estoy buscando jamás podría engañarla con un truco de estos, encender focos en el portal de mi casa hasta que venga desprevenida. Es un animal de hábitos diurnos, vuela en soledad bajo las copas de los árboles y pasa gran parte del tiempo sobre el suelo con las alas plegadas. He comido decenas de mariposas para no temer cuando llegue el momento de actuar frente a la Morpho.

Ya no sentía la falta. Despertó y se sentó en el borde de la cama, sus dos piernas se balanceaban ligeras. Estiró los dedos, por fin pudo sentir el peso de su cuerpo reposando sobre sus dos pies. No recordaba cómo había vuelto a su departamento, la última imagen que tenía fija en su recuerdo era la de él esperando en medio del bosque. Se asomó a la ventana, el sol brillaba sobre la avenida desierta. No lo invadía la ansiedad de siempre por salir a la morgue, se encontraba tan bien que estaba pensando en tomarse el día libre. Como luego de esas profundas siestas por la tarde cuando era colegial y necesitaba un par de minutos para recordar quién era. Lo tenía claro: el mayor placer es perderse en el tiempo, no saber ni el día ni la hora, no tener propósitos.

Pero ese placer se desvaneció pronto. Ahora solo le apetecía beber un vaso de agua y salir a caminar. Intentó abrir la puerta, pero no cedió. La ventana también estaba asegurada. Una extraña fuerza le impedía romper el vidrio, la puerta también parecía ser indestructible. Se encontraba bien, alguien lo escucharía gritar, la ayuda llegaría pronto. Una vez estuvo atrapado en un ascensor entre los pisos sexto y séptimo, no tenía señal en su teléfono. No se consideraba claustrofóbico, pero ese día estuvo cerca de experimentar un ataque de pánico. Solo conocía la ansiedad, sobre el pánico había leído algunos artículos. No había olvidado la técnica para no caer en ese estado: nombra algo que puedas ver, reconoce un sonido ambiental, algo que puedas sentir, oler, recuerda un sabor. Esta vez se observó las manos, escuchó cómo latía su corazón, sintió la textura aterciopelada de su cama, el cuarto olía a humedad, recordó el sabor aceitoso de la Morpho aleteando en su boca. —Después de todo tuve el valor de comerme la mariposa y he vuelto a estar completo, ¿acaso no era lo que más deseaba? —se dijo a sí mismo y renunció al absurdo de intentar escapar de su departamento. Había vuelto a ser quien quería y debería aceptar las consecuencias.

Sobre la hierba humedecida del bosque reposaba en posición fetal el doctor. Con el paso de las horas empezaría la transformación, su cuerpo quedaría encapsulado en una crisálida verde jade. La Morpho ya habría descendido hasta el corazón para ovopositar. En unos días emergerían las larvas que empezarían a nutrirse de sus carnes hasta dejarlo en huesos. Una vez transcurrido el periodo de latencia, las orugas se volverían mariposas azules que romperían la gran crisálida para volar nuevamente por el bosque y encontrar nuevos hospedadores a quienes llevar en un viaje hacia al pasado.

A su diestra, los restos del pequeño eran apenas reconocibles, una isla de colores parecía su carne fundida en la tierra. Habían crecido colonias de hongos fluorescentes a su alrededor, volaban moscas, se arrastraban larvas, lo consumían cucarrones. Las flores que contenía el cuerpo echaron raíces profundas, se propagaron hacia la tierra, treparon árboles de tronco añejo.

No le tomó muchos días a Clara encontrar la escena. Su ruta inconexa que parecía más un desvarío que atravesaba el fango, y la tierra muerta, la llevó al lugar correcto. El instinto de una madre es mejor que una brújula. Entre flores y despojos pudo oler el cuerpo de su hijo. Apenas logró reconocerlo por la forma redondeada de su cráneo, era tan pequeño, solo había vivido veintiún días. No se atrevió a tocarlo, entre sus huesos crecían enredadas plantas de hojas lanceoladas con florecillas multicolor. Había flores rojas, azules, moradas. Sonreía. Cadáver y ofrenda existían al mismo tiempo. Por primera vez, desde que lo vio sin vida tuvo calma. Descubrió la enorme crisálida. Aura, la curandera vegetal, le había dicho que esta era otra posibilidad: encontrar una inmensa crisálida en medio de la nada, en el lugar más inerte de la isla. “No te atrevas a tocarla, o la crisálida emitirá un sonido que te hará perder la razón”, insistió Aura la última vez que hablaron. Su color y textura le permitieron hacer un cálculo rápido de los días que harían falta para que eclosionara. Era una experta en todo lo que tenía que ver con insectos y metamorfosis. Cuando alguien está decidido, no hay forma de apartarlo de las arenas movedizas del tiempo. Volvería, se dijo Clara, pero esta vez sería un retorno definitivo. Esperaría en calma hasta atrapar y comerse la última mariposa, una robusta criatura de alas azuladas. No haría falta más para ver de nuevo a su hijo.

Crustáceos

Ya no es la isla la que se separa del continente, sino el hombre quien se encuentra separado del mundo al estar en la isla

G. Deleuze

Descifrarás todos los enigmas que deje el río al pasar

Virus

Hay que poder hacer algo con la tristeza. Trenzarse el cabello, salir a dar paseos esporádicos, comer cosas cítricas, escribir notas personales, pero nunca se debe de correr el riesgo de verse frente a un espejo. Si no se puede evitar, si esta regla se viola, es necesario abandonar la habitación, la casa, el barrio donde se aloja ese espejo familiar que ha grabado nuestro rostro descompuesto. Una expresión de desolación puede anidar en los espejos por meses, pero su efecto es menos pernicioso luego de las setenta y dos horas. Si decides volver debes cubrirlo con una manta oscura y el lugar será habitable nuevamente. La gravedad depende de las características de la mirada, de si es húmeda y si está acompañada de ojeras profundas.

Luisa cumplía a cabalidad con el perfil, violó la regla que su madre le confió para sobreponerse de los momentos oscuros. Sentirse triste cada cierto tiempo era algo inevitable para ella dadas sus condiciones: había perdido el olfato en su adolescencia y desde que no podía percibir el olor de las flores ni el aroma despedido por sus platillos favoritos, la vida se le había vuelto un tanto lejana. Extrañaba hasta los olores desagradables, la peste emanada por las alcantarillas y el vaho hediendo despedido por los cuerpos de los animales muertos en los callejones. Ahora se arrepentía de no haberse embriagado con todos los olores que el mundo le podía ofrecer, había sido una mujer muy selectiva, de las que contenía la respiración cuando un mal olor se le aproximaba, y hasta se jactaba del tiempo que podía pasar sin respirar.

Viajar le funcionó a menudo para recomponer su ánimo. Tampoco podía quedarse en esa casa con el espejo infecto, tenía que salvarse de su propia mirada, irse fuera de la ciudad, a un lugar donde la tierra no fuera firme. Pensó en la isla, en cómo sería volver sin una nariz que le sirviera de guía. No podría sentir el agua salobre introduciéndole por las fosas nasales ni los olores herbales, tendría que aprender una nueva forma de recordar los lugares.

Tenía trece años, la edad de las mariposas en el estómago y la ausencia de miedo. Su familia todavía era funcional, al menos dentro de lo que las apariencias permitían. En ese último verano que estuvieron juntos viajaron a la isla. Un espacio inexplorado siempre resultaba exuberante y más aún si en su interior, daba la impresión de estar suspendido en medio de las aguas. Su padre contrató un guía y la animó a caminar por horas entre la humedad del bosque seco. Había que tener cuidado de no descansar las manos sobre los troncos verdes y espinosos de los ceibos. El guía se detenía cada cierto tiempo para hablarles de las plantas que observaban en el camino. El Matapalo es una especie cuya semilla prosperaba en los nudos de otros árboles y crece hasta eliminar a su hospedador. Lo elimina estrangulándolo con sus raíces.

—Los bosques sienten, cuidan de los suyos —decía el guía, pero algunos de su especie vulneran este supuesto equilibrio—.

Estaba maravillada ante este descubrimiento, el bosque albergaba árboles asesinos, pero a nadie más pareció importarle. Tampoco les importó cuando ella se escabulló una de esas tardes y se propuso nadar hasta la isla Gallo, un pequeño fragmento de tierra que está al este de Santay. No tenía la resistencia para navegar con su cuerpo por el río y eso no la detuvo. A la media hora de haber empezado a nadar, naufragó enredada entre los lechuguines y fundas de plástico. Sus padres le dijeron que un pescador que acaba de lanzar su red, alcanzó a verla mientras se hundía, y la sostuvo antes de que la corriente la devorara. Cuando le preguntaron por qué se lanzó al río sin decirle a nadie, no supo qué responder.

Estaba anocheciendo cuando llegó al muelle. Enviaron a un encargado del hotel a recogerla. Tuvo que ser analizada y llenar un breve cuestionario donde expresaba sus motivaciones para visitar la isla. Reposo, apuntó en la casilla de otros motivos, luego de no sentirse identificada con las opciones disponibles. No había vehículos a motor dentro de Santay, así que le anticiparon que tendría dos maneras de hacer el camino isla adentro: caminar o andar en bicicleta. La bicicleta era buena opción si no quería ser devorada por los mosquitos que a esas horas salían a beber la sangre fresca de los turistas. Zigzagueó sobre el camino, el sonido de las llantas se acompañaba con el canto de una lagartija que fingía ser un animal de mayor tamaño. El recepcionista era un joven delgado de mirada lánguida quien se esforzaba por ser amable. ¿Querría programar un paseo en canoa entre los manglares? ¿Le gustaría conocer a los cocodrilos? ¿Cuántas noches permanecería en

la isla? Le gustaría dormir bajo las aguas, pero claro, no podría decirle eso sin que la tachen de desequilibrada.

Antes de ingresar a la habitación se preocupó de que no tuviera espejos. Ya no le quedan fuerzas para huir otra vez. Al recepcionista le pareció un tanto excéntrica su solicitud, pero había tenido que atender todo tipo de pedidos inusuales, gente que pierde la memoria y no recuerda su nombre; hombres que solicitan alfombras especiales para orar; chicas hermosas y desordenadas que no caben en sus vestidos de cóctel y necesitan ayuda extra. Lo del espejo podía resolverse sin inconvenientes.

Una semana le pareció un buen lapso para recuperar fuerzas, por supuesto no le interesaban las actividades al aire libre, al menos por ahora que se sentía devastada. ¿Por qué había venido a la isla? No podía hilar una respuesta sensata, en la isla estuvo cerca de la muerte y esa proximidad la hacía sentirse vital. Su tristeza tardaría un par de tardes en apaciguarse y podría volver a reír como si no fuese una mujer sin la capacidad de oler el mundo. A ratos parecía a punto de salvarse de su melancolía y se reía sola pensando que al menos podría seguir evadiendo el amor. Su incapacidad de percibir las fragancias de los cuerpos masculinos y femeninos la hacía inmune a los cócteles hormonales que desencadenan el terrible ardor por el contacto. Era como estar a salvo dentro de una burbuja, en cualquier momento se podía reventar porque como es usual, el amor siempre encuentra la forma de tomar rehenes.

Estar en la isla era una forma de escapar de todo lo que le recordaba su vida en la ciudad. Escapar, pero no con la suficiente fuerza, después de todo la isla estaba a veinte minutos cruzando el río Guayas. Un lecho de tres mil kilómetros cubierto de agua. El río no era inofensivo, su turbulenta corriente fluía violenta arrastrando todo a su paso. A ciertas horas era también un ser piadoso que acogía a los suicidas que se sumergían en sus aguas y a los enamorados que dejaban frascos llenos de promesas a la deriva. Todo lo que es para siempre empieza con una caída, así lo habían entendido en la ciudad, por eso el salto mortal desde el puente de la Unidad Nacional era la forma favorita de los habitantes para aniquilarse. Esta noticia que leyó en un periódico local la disparó a enumerar otros usos para el verbo caer. Se dijo que amar es dejarse caer en lo desconocido, aun a riesgo de salir malherido. Dormir también podría pensarse como una forma de caer en la profundidad de la cama. Padecer, sobre todas las cosas, implica un movimiento vertical, un descenso precipitado.

Luisa no ignoraba la potencia de las aguas del Guayas, aunque desconocía que bajo la turbulencia vivían criaturas silenciosas y gregarias, encargadas de purgar la desolación. Los lugares se contaminan con los padecimientos de quienes los habitan, en esta premisa se basaba la superstición de los espejos que tanto se esforzó su madre en inculcarle. Luisa trajo consigo la enfermedad de la tristeza a la isla y su sola presencia causaba efectos destructivos por los lugares donde se movía. El trayecto entre el muelle y el hotel cobró cientos de vidas de pequeños insectos que se encontraban murmurando entre los arbustos y los árboles de pequeño tamaño. Esa noche fue silenciosa y en la quietud la isla estuvo consciente de la amenaza.

Aura, la curandera vegetal, sintió la llegada de Luisa como una punzada en su pecho. Aura estaba conectada a cada una de las criaturas y hasta a los minerales, cada vida y cada muerte se traducían como una sensación sobre su carne. Los nacimientos de nuevos insectos eran ligeros cosquilleos que se deslizaban por sus pantorrillas hasta los dedos de sus pies. La muerte de un ofidio era como un golpe seco en su vientre. El vuelo de los pájaros se sentía como suaves caricias que descendían por su columna vertebral. La muerte de un niño le dejaba el cuerpo más ligero. Aura sabía lo que se avecinaba y no temía, la sabiduría de la isla sabía qué hacer con Luisa.

Las dos primeras noches fueron igual de monótonas que los días anteriores. Luisa permaneció encerrada en su cuarto de hotel y se mal nutrió solo con líquidos. La tercera noche se encontraba más calmada. Luisa descansaba con su cabeza hundida sobre la almohada. La luz plateada de la luna llena la bañaba por completo. Sus ojos cerrados imprimían un sentimiento de paz sobre su rostro, una fachada conveniente, pues todavía persistían sentimientos desoladores que se proyectaban desde su humanidad hacia la tierra. Los cientos de golpeteos sobre la madera no la despertaron. Uno a uno se fueron introduciendo por la delgada línea entre la puerta y el suelo. Caminando en zigzag, retrocediendo y avanzando, ocuparon de a poco todo el piso de la habitación hasta que no quedó un sitio sin su presencia. Desde el aire tendrían el aspecto de pequeñas rocas violáceas agolpadas. Sus tenazas asimétricas se sacudían haciendo vibrar el aire. La virtud de tener un sueño a prueba de cataclismos mundiales hizo que su respiración rítmica no sufriera alteraciones. Los pequeños cangrejos empezaron a subir por las patas de la cama, se agarraron del cobertor de algodón, escalaron la mesita de noche y las cortinas para asegurarse un lugar sobre las sábanas alrededor de su cuerpo. Se posaron sobre cada centímetro de piel que estuvo disponible y cuando hubieron poblado toda la superficie de

lo que era Luisa, trabajaron sin descanso hasta lograr la duplicación. La primera incisión la despertó de golpe, pero no pudo moverse, el peso de los cangrejos ejercía una especie de campo de fuerza que la mantenía atada a la cama. De haber podido olerlos, hubiese despertado a tiempo, los cangrejos arrastraban una fragancia marina, salada y húmeda, un olor a lodo putrefacto y azufrado.

Mientras los crustáceos trabajaban sin descanso en la duplicación, Luisa soñó que estaba en la isla y que se adentraba por un sendero estrecho. Mientras caminaba como suele ocurrir en los sueños, a la expectativa de que algo emerja y la detenga, observó cientos de chivos reunidos mirándola. Los animales se dispersaron, así que continuó moviéndose. Mientras descendía por una especie de quebrada donde la tierra estaba cuarteada, un remolino de mariposas blancas revoloteaba a su alrededor. Al igual que los chivos, las mariposas no tardaron en alejarse. La última imagen que aleteaba en su memoria cuando abrió los ojos era la de un gran huevo en medio de un surco, daba la impresión de que alguien intentaba sembrarlo. Por las noches la cabeza solía llenársele de sueños inconexos que extraía y anotaba en su cuadernillo para luego diseccionar e interpretar. El día en que huyó de su casa para salvarse del espejo soñó con una habitación que se llenaba lentamente de agua hasta su colapso. Ella creyó interpretar que la habitación inundada habla de aflicciones y de alguien que la agobia. La tomó como un motivo más para irse. En cambio, sobre los animales, prefería dejar de lado la lectura clásica y hacer otro tipo de análisis: los animales que se presentan en grupos numerosos son asociados con plagas o catástrofes naturales.

La Luisa que nació producto del trabajo de los cangrejos salió de la habitación antes de que su original volviera en sí. La habitación olía como un pequeño infierno, escapó apresurada ante la mirada curiosa del recepcionista que no esperaba que se despertase a las seis de la mañana. Por fuera era una réplica exacta de su original, excepto que su piel no tenía cicatriz alguna. Los dobles que los cangrejos produjeron los últimos años nunca más volvían luego de su incursión en el bosque. Solo mujeres en edad fértil eran seleccionadas para este propósito. Los dobles nunca debían establecer contacto con sus originales.

Cuando despertó, el reloj marcaba las diez de la mañana. Lo primero que vio fue el reflejo de su rostro o eso creyó distinguir al pie de la cama. Era ella, Luisa, que le devolvía una mirada neutra, no temía ni estaba excitada, solo estaba. Quiso gritar, pero ahogó su

desesperación colocándose la mano sobre la boca, no su mano original, sino la mano de la otra que se aproximó rápidamente para contenerla.

—Tranquila —le susurró, no voy a hacer nada que tú no harías—.

Luisa mordió la mano, su mano y por sus labios un hilo de sangre azul empezó a fluir. Se apartaron. Algunos flashbacks la asediaron, cientos de cangrejos cubriéndola por completo. La otra se puso el dedo sobre los labios para insistirle que guardara silencio, la sangre azul fluía desde su herida.

—Tampoco eres la verdadera —dijo, antes de que Luisa intentará escapar de la habitación. Las duplicaciones se han ido perfeccionando con los años y ahora podemos hacer copias funcionales que huelan y saboreen sin problema, esto les permite sobrevivir el viaje hacia el interior—.

Luisa la escuchaba en silencio.

—Tú no tienes olfato porque fuiste duplicada a partir de un cuerpo inerte, volver a la vida tiene su costo, volver a la isla tiene su costo —sentenció la otra—.

Las réplicas tenían la apariencia humana, pero algunas habían adquirido hábitos de los crustáceos y no todas lograban cumplir su cometido. Al menos una docena de réplicas se quedaron en los manglares donde cavaron agujeros en el lodo para sumergirse. En esas madrigueras aguardaban a que subiera la marea para salir a cazar. Lo curioso es la forma de desplazarse que habían adoptado, con las rodillas flexionadas y el movimiento constante de las extremidades superiores. Se habían despojado del habla, solo producían crujidos solitarios que al unísono engordaban un ruido que se percibía como un crack seco. Eran inofensivas para los animales de la isla. Estaban desnudas.

Aura, el oráculo, la curandera vegetal, Aura, la mujer más antigua que sana. Aura y la isla estaban conectadas como raíces que se asientan en la tierra y abrazan las partículas de arcilla. Su labor secreta en eterna comunión con las plantas, animales e insectos privilegiaba siempre la supervivencia de todo lo que no fuera humano. Aquella vez cuando los padres desesperados buscaban un milagro para salvar a Luisa que se había ahogado en las aguas del Guayas, Aura les ofreció una posibilidad. Para los extranjeros, Aura era capaz de concretar relaciones amorosas que parecían imposibles, curaba a los enfermos del mal de ojo, a los desahuciados por los doctores que no podían hallar la causa de sus padecimientos. La isla y Aura también podían permitirse ciertas licencias cuando

la situación lo ameritaba. La duplicación de Luisa ocurrió en medio de los manglares, el cuerpo original fue consumido por los cangrejos luego de que terminaran su trabajo.

En los años que la separaron de la isla, Luisa había incubado en su interior una sustancia que ahora la isla necesitaba. La otra violó la primera y única regla que las de su especie tenían: no establecer contacto con su original, pero solo llevándola hacia el interior podría convencerla de que ella no era producto del desvarío de una mujer deprimida. Cuando vio la degradación y agonía que su tristeza y la de otros habitantes le provocaban a los insectos, aves y hierbas vulnerables, no opuso resistencia al pedido.

La operación se repetía cada noche y empezaba con la réplica recostada sobre el suelo. La lividez de su rostro se acentuaba con cada succión. Cientos de avispas, mariposas, abejas, cocodrilos, raíces pivotantes, pericos, culebras, arañas, esperaban pacientes su turno para extraer de su cuerpo la preciosa sustancia azul.

Por las noches, la calma en el cuarto de hotel de Luisa era poco a poco perturbada por el sonido que las patitas hacían al entrar en contacto con la madera. Cerraba los ojos y apretaba un poco el ceño cuando sentía a los primeros cangrejos moviéndose sobre su piel.

Aves

Our eyes are in the flowers

Our hands are in the branches

Our voices in the breezes

CocoRosie

La muerte del animal debe ser lo más humana posible. Rápida e indolora. Recuerdo mi tiempo en el camal de aves. Una línea automática movía a los pollos, sus patas eran sostenidas por pinzas metálicas. Uno a uno las aves se acercaban al verdugo. Vestido de blanco, un hombre aguardaba a que sus cabezas se hundieran en el agua electrizada. Eso—según el manual de buenas prácticas avícolas— las aturdía lo suficiente para no ver venir el siguiente movimiento: un cuchillo que les atravesaba el cuello. El chorro de sangre teñía las instalaciones de acero inoxidable. Pollos, agua, electricidad, cuchillo, sangre, un ciclo que se repetía sin descanso las veinticuatro horas porque el mercado así lo exigía y pues ¿a quién no le gusta comerse un pollo frito a media noche?

En esa época yo no tenía nada que ver con las labores de la muerte, solo era un biólogo más en una compañía transnacional que se encargaba de garantizar que la carne no estuviera infestada de bacterias. Tomaba muestras al azar y las analizaba bajo el microscopio. No llegué a imaginarme que tendría un trabajo como éste. Los administradores de la isla querían a alguien que no pudiera ser percibido como un peligro. Me dijeron que al principio pensaron que el ecosistema haría lo suyo, y digamos que la señal de que alguien tendría que ensuciarse las manos, llegó con el incidente en el muelle.

Una pareja fue atacada por un grupo de siete periquitos celestiales. La isla se había vuelto un destino predilecto para los observadores amateurs de aves. Era común ver todo tipo de pajarracos volando cerca del muelle, sobre todo garzas, dándole la bienvenida a los visitantes. La pareja se emocionó mucho cuando notaron a la cuadrilla de periquitos volando en su dirección. Los pericos atacaron en sincronía y solo se alejaron cuando el sonido de un disparo lanzado al aire los ahuyentó.

Mientras les limpiaban las caras ensangrentadas —los pericos se habían concentrado en picotear cerca de sus ojos— les explicaban que las aves de la isla estaban sufriendo una crisis debido a los estragos del calentamiento global. Las más pequeñas eran sobre todo sensibles a estas variaciones de temperatura que las hacía entrar en una suerte de histeria.

Eran historias que contaban para despertar la compasión y ocultar el origen de un problema del que no conocían sus verdaderas proporciones. Me contrataron para diseñar un plan de exterminio de especies. Una maniobra secreta para aniquilar miles de aves que se han reproducido de forma descontrolada.

Si analizamos su anatomía, los periquitos celestiales son criaturas que caben en la palma de una mano. Da la impresión de que se les puede hacer pure entre los dedos. Inspiran ternura, ni se diga los polluelos que no tienen el cuerpo cubierto de plumas y se les ve su piel rosácea, casi transparente. Supongo que lo de celestiales se lo habrán ganado por sus colores tropicales y el melodioso canto. A menos de que algún fanático obsesionado con esas tonterías del cielo y del infierno, los haya catalogado así para tratar de suavizar el hecho de que en Santay hay animales letales.

La isla no es un paraíso tropical, y si así lo fuera, no me hubieran contratado para convertirme en un Ted Bundy.

—Esperamos que encuentre la forma más higiénica de acabar con este asunto —me dijeron por teléfono cuando me contactaron la primera vez. Habían evitado usar palabras que pudieran comprometerlos, las instrucciones fueron claras y no incluyeron el verbo matar o sus derivados.

Cuando se trata de asesinar lo que abundan son los eufemismos. A las autoridades de la isla no les interesaba cómo sucedería la masacre, solo querían que borrara el exceso de periquitos celestiales como si se tratase de chasquear los dedos y hacerlos desaparecer en una maniobra mágica. No se podía aplicar una muerte selectiva, otros animales saldrían lastimados y eso tampoco les importaba.

Los periquitos celestiales anidaban en el lado izquierdo de la isla. Me advirtieron que a esta zona no podría ingresar a pie porque no lograría volver. Sé que hubo otro hombre ocupando este cargo, pero se desvaneció en una de sus excursiones de reconocimiento. Otros dicen que se enamoró de una mujer que lo llevó a la perdición. Solo me han pedido que sea cuidadoso, que no sobrepase el límite marcado si no quiero arriesgarme a ser devorado. ¿Por qué o quién?, no lo dicen y prefiero no saberlo.

En la frontera que uno de los habitantes de Santay me ayudó a reconocer, construimos una torre de avistamiento rudimentaria. Este lugar era rico en zarzas negras, unos arbustos sensibles al tacto. Los lugareños los usan para identificar la hora, porque cuando falta

poco para la caída del sol, sus hojas se pliegan hacia adentro. Y si algún curioso los acaricia, duermen para repeler el contacto. Cuando nos elevamos en medio de la espesa vegetación, los pude divisar, los pericos celestiales canturreaban sobre las ramas, se acicalaban, a otros se los observaba volar en grupos impares, nunca se juntaba más de once. A una menor distancia su canto debía ser como un plumazo en los oídos. Hasta la torre solo llegaba el susurro que cientos de ellos, sin piedad alguna, reproducían hasta que se ponía el sol.

Quien ha criado pericos en jaulas sabe la cantidad de excrementos que producen y lo escandalosos que son. También, una mañana se debió llevar la tétrica sorpresa de hallar al perico invertido en rigor mortis. A un perico casero cualquier cosa puede matarlo, un alpiste barato, algún virus silencioso. En la isla, los pericos celestiales no solo no morían, sino que crecían en número a un ritmo que pronto no se podría contener. Entonces debía correr el riesgo de descubrir qué les daba esa fertilidad abundante para atacar al problema desde su origen. No fue hasta que me arriesgué a ingresar más allá del sendero prohibido que supe por qué querían eliminarlos.

De aspecto no había nada que sugiriera que las aves hubiesen mutado, entre ellas la dinámica era armoniosa y su aspecto físico no daba cuenta de nada anormal. Lo extraño era el silencio, SILENCIO, en el que por primera vez desde que las había conocido, me encontraba sumergido.

Me aproximé como un simple observador, no tenía intenciones de hacerles daño, no todavía. Había planeado atacar al siguiente amanecer, una vez que entendiera la verdadera motivación para desaparecerlas de la faz de la isla.

La belleza del animal que se acercó me hizo perder el temor de sufrir un ataque. Le permití que se posara sobre mi mano. Sea lo que fuera a ocurrir aguardaba por ello. Cientos de ojos nos clavaban la mirada. De inmediato descifré que lo pernicioso se camuflaba en su canto. Silbidos sucesivos que rasgaban el aire y en la cercanía se traducían en imágenes dentro de mi cabeza. Imágenes que nunca hubiese deseado observar.

No se necesitan muchos sesos para destruir algo. Apretar el gatillo, deslizar el arma cortopunzante entre las carnes, liberar el veneno, lo puede hacer cualquier que tenga un estómago fuerte. En cambio, pocos son los que podrían sanar lo que está condenado a destruirse.

Las aves habían visto venir los preparativos del ataque, conocían la hora adecuada y la cantidad justa de la sustancia que yo quería usar para desatar el exterminio. Tenían claro que fumigaría hasta que no quede ni una de ellas con vida. También conocían el día y la hora de mi muerte y los detalles que rodeaban a este suceso. Todo esto me lo mostraron como una sucesión de fragmentos a color. Me espeluzno ver cómo se desataba la mortandad. Una cosa era creer que podría matarlas, otra presenciar su convulsa agonía.

Solo cuando el ave se alejó y pude sacudirme del efecto narcotizante de su presencia, continué abriéndome camino hacia la profundidad del bosque. Después de lo que había visto, volver no era ya una alternativa para mí.

—Nada muere realmente si se sabe cómo hacer que vuelva a la tierra —repetía Aura.

En Santay había un movimiento para quienes la transición entre la vida y la muerte era como pasar de una habitación a otra dentro de una casa familiar. Lo presidía Aura, la curandera vegetal, a quien algunas mujeres de la isla, ya sea por temor o envidia, tachaban de bruja. A Aura se la podía ver caminando encorvada, vistiendo un atuendo fúnebre, tan largo que las vastas se le llenaban de polvo. Llevaba encima un collar de cuentas de caracoles y un hilo rojo casi invisible sobre su muñeca izquierda. Nadie conocía su rostro, pero por las arrugas y pecas de sus manos se podía inferir que estaba en su ocaso.

Tenía que preservar el ritual mortuorio. Por eso recomendaba que lleven a los fallecidos al pie del Matapalo más antiguo. Creía que el Matapalo convertía la podredumbre en el germen de una nueva existencia.

Así fue como se conocieron Catalina y Aura, sentadas al pie de un Matapalo en un día ventoso en el que llovían semillas. Había que tener paciencia, pues solo las semillas que cayeran sobre sus manos podían usarse. Los que conseguían atrapar una, tendrían la misión de llevarla sobre el nudo de un árbol robusto y sano. Elegían así la siguiente víctima para que la simiente germine y con el tiempo cuando sus raíces sean tan largas que lleguen a la tierra, consigan estrangular al árbol original.

—¿El árbol se sacrifica para que el otro viva o es asesinado? —Catalina preguntaba con la curiosidad de una niña que no conoce el mundo, pero era una mujer a punto de alcanzar la treintena.

—Somos una misma piel que se extiende y se renueva. Para persistir la vida sigue caminos que pueden parecernos violentos. No hay sacrificio ni intenciones homicidas, solo alianzas. Ahora es tiempo de que hagas tu parte.

Quizá lo que la hizo acudir ese día fue la soledad o la tonta idea de que esperando bajo la sombra del árbol podría tener algo a que aferrarse para no olvidar a su hijo. Una de esas decisiones impulsivas que nos permitimos tomar en medio de la desesperación para acelerar nuestras desgracias. Catalina era una más de las que perdieron a sus hijos en la ola de muertes súbitas que azotó la isla. Aura sabía que vendría, lo había leído en el vuelo de las aves negras, y no podía elegir a otra que no fuera ella.

La isla es un antiparaíso, donde todo crece y decae.

Desde las ventanas de las casitas de la isla, la gente la observó con aprensión mientras se movía hacia la zona prohibida. Logró llegar a la encrucijada que dividía el camino hacia el sendero de los palos prietos y la cocodrilera cuando un grupo de ancianas se le aproximó para intentar persuadirla de no seguir. Catalina sabía que nadie había vuelto para relatar lo que había más allá de los límites del territorio habitable, en el extremo inhóspito de Santay.

Las personas más decrépidas de la isla elucubraban sobre cuáles eran los múltiples riesgos para los caminantes que emprendieran la ruta del destierro. Le llamaban así porque ese era el sitio a donde expulsaban a todo aquel que fuera considerado indeseable. Según los ancianos cada territorio insular poseía sitios mortales para quienes los transitan. Animales que podrían devorarlos o anomalías en el tiempo y el espacio que los harían vagar en círculo en la misma zona hasta la locura. Decían que había animales de proporciones descomunales viviendo en el estuario en el extremo oeste de la isla. Que un árbol con jugosos pechiches invitaba al caminante a tomar uno de ellos y comérselo. Éste era el principio del fin, quedaría atrapado a menos de que conociera el truco para escapar.

Al contrario de lo que cualquiera podría imaginar, el sector inhóspito de la isla no era un paraje desértico. Ahí cada planta, hierba o árbol se propagaba con mayor potencia. Depredadores e insectos benéficos, flores y espinos, plantas rastreras y hongos. Era un espacio donde el exceso de vida asfixiaba con su voluptuosidad. También era el sitio donde anidaban los periquitos celestiales. Sus aleteos hacían vibrar el aire y generaban

remolinos miniatura que desordenaban la hojarasca. Algunos niños crecen pensando que los remolinos son la manifestación de una presencia maligna.

Catalina debería dejar de rumiar su propio temor si estaba dispuesta a intentarlo. Antes se había saboteado, pero algo en la voz de Aura le devolvía la seguridad.

—Encuentra el árbol, deposita la semilla, vuelve a casa —pero todo lo que en apariencia es sencillo, oculta en su núcleo la calamidad.

Como biólogo, no había teoría que explicara lo que me había pasado en mi encuentro con las aves. El futuro siempre fue un terreno que preferí no tentar consultando cartas o adivinas. De saber que se trataba de periquitos que predicen lo que sucederá, los habría reducido a sus cenizas. Ahora mi sombra, mis manos, mi voz parecen no pertenecerme. Pero era solo mi yo procesando el trauma de haber visto el horror dentro mí, de lo que era capaz. Rezar o intentar sortear lo que ya se ha decidido. Secretos hilos que juegan conmigo y me obligan a seguir caminando, más allá de lo que creí que podría resistir. Fui un hombre al que le apasionaba examinar y catalogar la vida. El que jugaba a ser el pequeño dios de un universo en escombros.

—Encuentra el árbol, espera, vuelve a casa —me decía a mí mismo cada que sentía el deseo de detenerme. Pero ya no podía asegurar si esas palabras me pertenecían o alguien más las había fabricado.

El reino de las aves se estructura con su canto. Los humanos construyen cercas, levantan paredes vivas de espinos en medio de la nada para decir que el ingreso a su propiedad está prohibido. Las aves cantan en dirección de los cuatro puntos cardinales para demarcar su territorio. La división es sonora, el riesgo de entrar sin permiso, capital.

Aura le quitó los zapatos y le señaló a Catalina, un delgado sendero que empezaba a perderse entre la hierba. La ruta del destierro estaba marcada por una roca enorme sobre la que había depositadas pequeñas piedrecillas. Cada roca era la seña que un caminante dejó al alcanzar la frontera. Para los que resistieron la curiosidad de moverse bosque adentro, esa proximidad era como mirar hacia un abismo y no ceder ante su poder magnético.

Catalina la vio por última vez antes de perderse entre la densa vegetación, la anciana le devolvió una sonrisa sardónica. Había maldad en su rostro, la misma expresión la había visto en la cara del hombre que dijo que no se haría responsable del niño, en los ojos de su madre que secretamente la culpaba por la muerte del pequeño. Quizá pasaron décadas antes de que alguien en la isla pudiera ver sus facciones y había olvidado cómo fabricar una sonrisa que diga: confío en ti. Catalina se enfocó en los rasgos de Aura, la vejez le había encogido los ojos, achicado la boca, la estaba secando como a una planta que se ha olvidado regar.

En medio de la humedad del bosque no había forma de medir el paso del tiempo que no resultara en equivocarse la cuenta de los días. Podrían ser semanas las que llevaba deambulando y alimentándose de restos que otros animales habían comido y que recogía del piso. Se podía aprender de ellos, al menos para no morder una fruta venenosa. Algo en su cuerpo la impulsaba a seguir caminando, a pesar de los cortes de las hojas y las picaduras de los insectos que inflamaban su piel. Era como si siguiera un llamado que a medida que se alejaba de la frontera crecía. Durante el tiempo que duró su recorrido estuvo acompañada por los sonidos del bosque. Los insectos eran pequeños instrumentistas que entonaban tambores, guitarras, flautas. Los sonidos hacían más soportable su duelo y la profunda oscuridad de la noche en el bosque.

Supo que llegó cuando sintió el silencio como una pared invisible que la obligó a detenerse. Había sido testigo de las plumas verdes sobre la tierra y el murmullo de un canto que no cesaba, huellas de la vida animal. Se detuvo ante la certeza de la mirada. Miles de ojos sobre ella la examinaban. Tardó unos segundos en darse cuenta que estaban sobre las ramas, pequeñas pupilas oscuras sin parpadear. Se quedó quieta. Una de las aves voló en su dirección. Alargó la mano y extendió el dedo índice. Nunca había sostenido a un ave de esa manera, pero sabía lo que tenía que hacer. El ave era muy ligera. Le ocurrió lo mismo que al biólogo: el ave cantó y las imágenes empezaron a correr en el interior de su cabeza.

Las aves sabían lo que se avecinaba, era su don, podían navegar en la maraña del tiempo, proyectarse en el futuro, relatarlo. A Catalina no mostraron cómo moriría, el mensaje se fabricaba a partir de los pensamientos recurrentes que el humano contenía en su mente al momento del encuentro. El ave le mostró el lugar hacia donde ella se dirigiría, lo que tendría que hacer.

No había una conciencia restauradora en lo que las aves podían mostrarles a las personas, pero en el caso de Catalina, saber lo que le deparaba, la serenó. Tenía que encontrarlo.

El futuro nunca es una vía en línea recta, el roce de una hoja sobre el muslo de una mujer que camina, una semilla que cae en espiral y que el viento desvía, preciosas milésimas de tiempo que se escapan pueden cambiar su devenir.

Los habitantes de la isla desconocían lo que pendulaba sobre ellos, que entre la abundante vegetación se multiplicaban las aves o que la administración de la isla planeaba una fallida aniquilación en masa.

La última tarde antes de que lo inevitable se cierna sobre Santay, Catalina llegó al árbol centenario y fue como había predicho el ave, el biólogo la estaba esperando. Treparon por su tronco hasta alcanzar un nudo firme donde asentarse. Lo hicieron sin intercambiar palabras, temían que una sola de ellas pudiera afectar lo que estaba por suceder. Desde el árbol ambos podían ver la aldea y sus casas desdibujadas entre la bruma.

En la transición entre el día y la noche, en ese preciso momento cuando el cielo se tiñe de colores rojizos, el zumbido de miles de alas anunció la llegada de los pericos celestiales. Oscurecieron la tierra firme. Las aves superaban en número a las personas de la aldea. Se aproximaron a los humanos, ingresaron a las casas, les dieron encuentro en sus cocinas, en el baño, sorprendieron a los que tomaban una siesta a esa hora.

Moviendo hacia atrás su cabeza el biólogo tragó la semilla que Catalina con cuidado depositó dentro de su boca. No opuso resistencia. La reacción fue inmediata, el embrión absorbió toda la humedad que su cuerpo contenía y se expandió. Las radículas crecieron hasta alcanzar el árbol. Catalina lo vio sacudirse. Desde el plexo del biólogo las primeras hojas del Matapalo se abrieron paso. ¿Acaso estaba soñando?

Las aves cantaron. Algunos no resistieron ver su futuro así, con esa insistencia y perdieron el conocimiento. Otros se arrojaron al río, hubo incluso quien de la desesperación se golpeaban con ambas manos en las sienes hasta sangrar. Estaban en un trance individual que les era infligido por igual a todos. Una y otra vez, porque cada ave era portadora de un mensaje de un futuro alternativo.

Hubo mujeres que desgarraron sus ropas y continuaron hasta que su piel no contuvo más el dolor de la pérdida de sus hijos.

Ciertas imágenes eran leves, predecían situaciones que no generaban un impacto severo en quien las visualizaba. Esas personas que no se sumieron en la autoagresión ni la locura pudieron presenciar el siguiente acto.

Las aves volaron a los árboles cercanos, desde ahí tomaron impulso para estrellarse en picada contra la tierra.

Aura recolectaba tubérculos en su huerta cuando sintió como si alguien jalara las hebras de su cabello. Dudó, pero cada pequeño dolor la convenció de emprender su camino a la parte más elevada de la isla. Desde ahí pudo leer en el cielo, lo que el vuelo de las aves negras tenía que decir sobre el porvenir. Catalina volvería.

El antiparaíso vivió uno de los aguajes más violentos. Por la mañana la corriente regresó a su cauce llevándose los animales y humanos, que el agua unió como si se tratase de las partes del cuerpo de una misma criatura. Luego de la turbulencia, el lecho del río lucía firme como si quien lo deseará podría hacer el camino a la ciudad a pie sobre sus aguas. En el lado oeste de la isla, los pericos celestiales no dejaban de multiplicarse.

Peces

No hay sobre la tierra quien se le parezca;

Animal hecho exento de temor

Job 41:33

Hay un cuento que ha recorrido la geografía y las épocas: el de los navegantes que desembarcan en una isla sin nombre, que luego se abisma y los pierde, porque está viva

Jorge Luis Borges

¿Cómo inició todo? ¿Qué serie eventos se anudaron para que yo me convierta en esto que soy ahora? Fue la acumulación. Años y años de sedimentos que la corriente del río condujo y que se fueron asentando. Las primeras personas debieron llegar luego de que plantas y animales establecieran su dominio. En sus inicios la isla tuvo varios propietarios. Estuvo dividida en once haciendas. Hace trescientos años le llamaron la isla Fernando Rodríguez. Hace doscientos años fue la isla del Primero. Criaban ganado, una especie que introdujeron. Catástrofe. El virus dejó todo en ruinas. La isla pudo ser un parque de diversiones o un complejo de casas para la gente de la ciudad, pero los agujeros en plenilunio transformaban el suelo en un campo fangoso que minaba cualquier esfuerzo.

De los escombros, mi padre se propuso hacer de la isla un hogar.

He vivido en Santay durante noventa años. Ya los huesos de mi padre son polvo que se ha unido a sus sedimentos. Me gustaría pensar en él como una criatura subterránea que protege mis pasos. Así intento olvidar nuestro último encuentro. Murió por causas naturales, víctima de un corazón perezoso que no quiso seguir latiendo. Yo era apenas una adolescente. Con su partida adopté el hábito de vestir de negro. En este luto permanente me he refugiado de su ausencia y las miradas codiciosas de los hombres.

De pequeña soñaba que la isla se partía en la mitad, alguien saltaba con fuerza y creaba una pequeña fisura que crecía hasta dividir a Santay en dos. La isla se hundía como un navío. He temido siempre a los naufragios. La isla no desaparecerá entre las aguas, prometió mi padre. Y sé que las personas hacen promesas que no podrán cumplir porque preferimos esas mentiras sutiles que no hacen ser felices.

Me llamó Aura. No conocí a mi madre, pero mi padre decía que a ella tampoco le gustaba navegar. Les temía a muchas cosas: a los insectos, a dormir sola, al frío, a las tormentas,

al fin del mundo. Yo estuve dentro de su cuerpo el tiempo suficiente para no contaminarme con sus angustias. Soy sietemesina. Mi nombre tampoco lo heredé. Mi padre no quería que cargue con la historia de las mujeres de nuestra familia. Le gustaba decirme que mi nombre significa viento. Una corriente mansa que puede calmar. Le gustaba verme sonreír.

De mi infancia tengo algunos recuerdos. Mi padre cuidaba de una mascota poco usual, un puercoespín que se sacudía igual que un perro cuando lo veía llegar. El puercoespín no me quería. Yo lo ignoraba, aunque a ratos le daba por perseguirme con todas sus púas erectas apuntando hacia mí. Corría asustada, otros niños me decían que un puerco espín puede dispararte sus espinas si está enojado. No sé qué ocurrió con el animal. Habrá muerto de viejo, o puede que se haya escapado y ahora cientos de ellos vivan en algún rincón de la isla.

Conservo algunos objetos que me ayudan a recordar otras cosas que con los años se van desvaneciendo. Tengo una carta con filos oscuros que la familia de mi padre le envió cuando falleció su hermano. Es la prueba de que él y yo estuvimos muy cerca uno del otro, aún sin habernos conocido por fotografías. Un extraño padecimiento de la sangre hizo que se fuera apagando. Empezó a los siete años y en menos de una semana murió sin una gota de sangre en su interior. No había explicación. Algo lo drenó por completo. Por supuesto no fue un parásito, y en la carta aseguraban que tampoco tuvo heridas que pudieran haberlo hecho desangrarse gota a gota. La carta era una advertencia para que mi padre supiera que su primer hijo padecería el mismo mal. Trataban de hacerle ganar tiempo. Tenía seis años cuando él la recibió y solo después de su muerte pude leerla.

Los síntomas llegaron. Estuve aislada del mundo dentro de un toldo blanco. Me refugiaba ahí para evitar que la poca sangre que me quedaba en las venas fuera consumida por los mosquitos. Mi padre se ausentó, no sé por cuánto tiempo. Tal vez lo suficiente para que el sueño y la cercanía de la muerte estuvieran a punto de volverse uno sobre mí. Desperté con una voz que se iba ensanchando. Mi padre gritaba mi nombre. Sostenía un vaso transparente lleno de una sustancia viscosa y escarlata. —Bébelo, sin respirar, igual que cuando tienes hipo —ordenó aquella vez. Tuvo que acercarme el vaso a los labios e irlo levantando despacio para que su contenido se vaciara en mi boca. El primer contacto me reveló que era un líquido tibio y salado. A ratos se sentía igual que lamer un metal cubierto de herrumbre o como beber el agua del río. El resto fue experimentar una especie de fuego recorriéndome el cuerpo y que mi corazón latiera con fuerza otra vez.

Mi padre sabía cómo sanar con plantas, y si era necesario, sacrificaba a un animal para usar su piel, huesos y fluidos en la curación de un enfermo. A cambio, la persona no podía volver a alimentarse de carne. Era un trato justo. Esa misma regla aplica para mí. Bebiste sangre de pez, tendrás una vida larga, pero no volverás a ser la misma, me dijo mi padre.

En ese entonces, creía que beber la sangre de un animal podría transferirme sus habilidades, animalizarme. Al recuperar fuerzas fui a probar suerte al estero, pensando que podría respirar bajo el agua, pero solo conseguí salir envuelta entre sargazos. Otros días fantaseé con la idea de haber bebido sangre de manatí, en la isla se los podían confundir con mujeres corpulentas. De la panza a la cabeza su vientre era liso y tenían unos pechos grandes con los que alimentaban a sus crías. Eran como las sirenas que describen las leyendas, pero más feas. Nunca tuve voz para el canto y la sangre del manatí no hizo la diferencia. Clasificar a algunos animales no es sencillo y luego supe que los manatíes no eran peces y la prueba de ello estaba en el sabor de su carne, la gente que la había probado decía que era su aroma y gusto era como la de un buen corte de cerdo.

Fue a partir de mi primera menstruación que las palabras de mi padre cobraron un nuevo sentido. Tenía diez años la mañana en la que desperté envuelta entre las sábanas mojadas de sangre espesa. Siempre tuve una sensibilidad para perderme en los pequeños detalles, podía pasar horas observando a una araña sobre su red o acostada sobre la tierra espiando a las hormigas trabajadoras mover pétalos de flores o transportar cadáveres de escarabajos a su colonia. Esa sensibilidad se volvió más aguda con mi primera sangre y una de esas tardes de estar con la mirada clavada en el cielo, me fue dado por primera vez descifrar el porvenir en el vuelo de las aves. Era como aprender a leer otra lengua. Una habilidad que se despertó en mí y que oculte del resto. A las seis de la mañana, hora en que los pájaros abandonan sus nidos en busca de frutas frescas, un grupo de aves negras fue escribiendo sobre el cielo un mensaje que solo yo podía descifrar. He evitado toda mi vida alzar la mirada para no saber lo que va a suceder. Fueron las primeras veces que la isla me habló y solo años después pude comprenderlo del todo.

La sangre del pez tuvo otros efectos que mi padre no pudo sospechar y que con el tiempo se fueron manifestando. Lo más extraño ocurrió en mi cuerpo. Podía sentir los ciclos de las plantas y los animales que habitaban la isla. Era un vínculo de la carne. La muerte y el nacimiento de las especies más imperceptibles se manifestaban sobre mí. No hay

palabras que puedan expresar la sensación que un hongo me produce al soltar sus esporas o lo que me ocurre cuando los peces desovan sus huevecillos en las raíces del mangle rojo. Con los años, cada vibración, cosquilleo, palpitación, caricia, tacto cálido o frío que la vida de la isla me producía, fue acoplándose a mi cuerpo como si me hubiesen implantado nuevos órganos. Los insectos me provocaban las experiencias más sutiles, el crecimiento de las plantas se parecía a lo que los pies perciben al caminar descalzos sobre la hierba, caricias vegetales sobre mi sangre.

Mi padre murió sin revelarme el nombre del animal del que bebí. Fue un hombre que guardaba secretos y que protegía un cuadernillo de donde extraía sus pócimas y recetas. Conocer la procedencia de la sangre podría haberme ayudado a anticipar los cambios que vendrían, las cosas que tendría que enfrentar.

Había visto un par de ocasiones a un perro escarbar para esconder los restos de su presa. Los perros saben que lo que se quiere mantener en secreto se debe ocultar bajo tierra. Con eso en mente empecé una paciente búsqueda en el jardín trasero de nuestra casa. Cavé agujeros de un metro de profundidad, en algunos de ellos hallé lombrices rojas, y cochinillas, animales que solo aparecen si la tierra está sana. Encontré bulbos de tréboles, semillas dormidas, y debajo de una piedra de río, el ansiado cuaderno dentro de un frasco invadido por el musgo.

Al cuaderno lo habían cubierto con piel de vacuno teñida de color rojizo. Su interior estaba dividido en secciones que hallé bastante curiosas. Mi padre llevaba unas fichas detalladas de todos los pacientes que habían sido embrujados y que él había ayudado a liberar. Había otra lista donde estaban los que le debían dinero, con una detallada descripción de lo que les sucedería si no cumplían con el pago. A un hombre le saldrían mariposas negras de su boca, a una mujer le decretaba una casa infestada de sapos. No quería perder el tiempo, así que continué husmeando sus apuntes. En la sección dedicada a los procedimientos para sanar, el estilo de escritura cambiaba, no parecía su caligrafía. Del mal de la mirada, para la soledad, la tristeza y la angustia, de las dolencias articulares y óseas, eran algunos de los títulos. En las páginas centrales estaba descrito el procedimiento sanguíneo. La técnica que mi padre había seguido para salvarme la vida cuando tenía seis años.

Diríjase al centro de la isla. Descienda por la quebrada y aproxímese al agujero. Alrededor de él la tierra está muerta, podrá reconocer el contraste. No tema la presencia de los ofidios, no se preocupe por las alimañas. El agujero da la impresión de ser estrecho, pero cuando introduzca su pie izquierdo el resto del cuerpo irá cediendo y logrará ingresar sin problema. Al practicar la extracción deberá hacerlo con rapidez. Tendrá que punzar entre la cola y la aleta hasta que vea fluir la sustancia escarlata. La coraza parece impenetrable y lo es, si la extracción se intenta realizar en otro sitio.

Aunque mi padre quiso para mí una vida propia, yo no he podido ser diferente. No he tenido otra alternativa que seguir sus pasos. La gente también me busca para encontrar respuestas. Luego de su muerte he servido como sanadora, naturista, astróloga y cartomántica. Los casos más usuales tienen relación con la enfermedad de la mirada. Los pobladores le llaman *el mal del ojo*. Este es un padecimiento que infecta a los cuerpos cuando alguien que envidia o desea el mal contempla con detenimiento a su víctima. Sudores fríos, pérdida de peso, mareos y debilidad son algunas de las consecuencias del mal transmitido por los ojos de la gente. El resto de los casos que he atendido tienen que ver con desajustes del corazón. Si el río hablara diría que está cansado de sostener tantas botellas sobre sus aguas. Una fotografía, granos de arroz, cabello, el resto de una prenda íntima, un papel donde se ha escrito con determinación lo que se desea, objetos que se guardan en una botella transparente. Quien hace la petición debe arrojarla a la media noche sobre las aguas. Mientras la botella navegue y no toque tierra, su petición será cumplida. Todo esfuerzo para que el amante regrese, o para que alguien enloquezca de amor por nosotros es necesario, dicen los apuntes del cuaderno. El amor y la envidia hacen girar al mundo.

Para alguien como yo este tipo de trabajos son una conveniente distracción que oculta mi verdadero propósito. Debía dejarlos enredarse en sus preocupaciones porque así los distraía de una verdad que cada vez se iba haciendo más evidente con cada aguaje y con cada muerte. De saberlo, ¿alguien permanecería bajo su voluntad en la isla?

Mi padre dijo: la isla no desaparecerá entre las aguas, pero nunca aseguró que nosotros estaríamos a salvo. Yo quise aferrarme a la seguridad de la tierra firme bajo los pies. Quise hacer todo lo que estuviera en mis manos para mantener el equilibrio entre las especies ¿Cómo podrían vivir tranquilos si supieran que sus casas y que todo lo que han construido descansa sobre el lomo de un animal marino?

El fango es frío y si dejo de moverme puede secarse y encapsularme como un insecto.

Es curioso que todo tenga que volver a empezar así, con el lodo que escala hasta mis huesudas rodillas. El lodo como arenas movedizas que me succiona e intenta digerirme. Entre las raíces arácnidas de los manglares que parecen ser las únicas especies diseñadas para tolerar los agujeros, me muevo en dirección al centro de la isla. Un palo me sirve como un bastón improvisado para sostenerme. Cada paso es una lucha contra mi cuerpo que se resquebraja.

Los apuntes del cuaderno no describen el paisaje con fidelidad, el último agujero barrió la tierra reseca, se llevó casi todo lo vivo y lo inerte consigo. A donde se mire, el ambiente grisáceo transmite desolación. En el lodo se ven agujeros, pero sé reconocer al indicado. El agujero luce como una abertura imposible para introducirme a través de él. Ingreso el pie izquierdo como exigen las instrucciones, el orificio actúa como la membrana de un esfínter que se relaja para que el resto de mis piernas se deslicen y yo pueda aterrizar sobre una superficie cálida. A pesar del dolor que he arrastrado todo el trayecto, lo consigo. En el interior, es momento de practicar el procedimiento sanguíneo, punzar la carne es como penetrar mi propio cuerpo. Extraigo una cantidad similar a la que mi padre me suministro en mi lecho de muerte. Ya no hay manos amorosas que me ayuden a beber la sustancia escarlata y aun así consigo sobreponerme a las arcadas. Esta vez no temo sacar al animal de su letargo. Lleva los mismos años que yo despierto y gruñe para hacerme saber que debo apresurarme.

Escapo del agujero, dejó ahí mis huesos añosos, mi piel agrietada y envejecida, salgo con la edad que mi madre tenía días antes de mi parto. La sangre me devuelve la vida. Soy tan joven como ella, pero no tengo miedo. A la distancia a un grupo de puercoespines me observa.

Deberé rehacer el camino. Pronto los movimientos de la criatura marina harán que el exceso de agua corra de vuelta al río. Los cuerpos de los pájaros muertos y los habitantes de la isla se hundirán en el lodo. La carne que se infiltra entre la isla será su alimento.

Cada uno de los niños que falleció sobre la isla volverá. Entre las raíces expuestas del mangle rojo emergerán los pequeños cuerpos esperando que yo les devuelva el abrazo que sus madres tanto anhelaron. Nada muere realmente si se sabe cómo hacer que vuelva

a la tierra. Vendrán serpientes a consolar su llanto, introducirán sus colas en sus bocas hasta que duerman. Ahí me esperará la única sobreviviente. Juntas tendremos la labor de velar su crecimiento y volver a hacer de la isla nuestro hogar.

Las islas no existen.

Pero hay animales marinos que se duermen intentando asirse la cola. Sobre su coraza se acumula la tierra, los años y las personas que sueñan que las islas naufragan. No faltara una voz que los convenza que las pesadillas no se hacen realidad. No les faltará mi voz.